

Ángela BALLESTA FERRER

HILLARY CLINTON,
UN SUEÑO AMERICANO EN FEMENINO

Trabajo Final de Carrera

dirigido por

Seber UGARTE

Universitat Abat Oliba CEU

FACULTAT DE CIÈNCIES SOCIALS

Licenciatura en Publicidad y Relaciones Públicas

2008

I'm probably the most famous person you don't really know.

HILLARY RODHAM CLINTON

Resumen

Este trabajo analiza qué rasgos de la personalidad de Hillary Rodham Clinton han influido en la creación de su imagen pública y qué estrategias de comunicación la han convertido, de entre todas las mujeres del panorama político de Estados Unidos, en la primera mujer candidata a la presidencia.

Resum

Aquest treball analitza quins trets de la personalitat de la Hillary Rodham Clinton han influït en la creació de la seva imatge pública i quines estratègies de comunicació l'han convertit, d'entre totes les dones del panorama polític d'Estats Units, en la primera dona candidata a la presidència.

Abstract

This paper analyzes which features of Hillary Rodham Clinton's personality have influenced the creation of her public image and which communication strategies have turned her, among all the women of the United States' political panorama, into the first woman candidate for the presidency.

Palabras claves / Keywords

Hillary Rodham Clinton – Política de Estados Unidos – Biografía – Escándalo Lewinsky – Medios de comunicación

Sumario

Introducción	09
1. Felicidades, es una Primera Dama	13
2. El nacimiento de la alianza Clinton	27
2.1. Arkansas, el huerto del Presidente	37
3. Parecía más grande por fuera	41
4. El escándalo Lewinsky	54
5. Del <i>nosotros</i> al <i>yo</i>	66
6. Conclusión	
7. Bibliografía	
8. Anexo I	

Introducción

El polémico autor de la página web *The Drudge Report* da a conocer la noticia el 17 de enero de 1998. Según sus informadores, un reconocido medio nacional no se había atrevido a publicar que Bill Clinton podría haber mantenido relaciones sexuales con una becaria de la Casa Blanca. Un escándalo político. Un escándalo sexual. Y el presidente de la nación más poderosa del mundo, acusado. Los medios tradicionales se muestran prudentes en sus informaciones. Los medios digitales no. La noticia se extiende como la pólvora. Y finalmente, el 17 de agosto de 1998, Bill Clinton confiesa haber mantenido relaciones impropias con Monica Lewinsky, una becaria que trabajó en la Casa Blanca desde julio de 1995 hasta abril de 1996.

Cómo afectó este escándalo a la imagen pública del Presidente Clinton sería, sin duda, un tema de investigación interesante en sí mismo. Pero el presente trabajo pretende centrarse en otra figura, tal vez secundaria en aquel entonces, pero de alta relevancia en la actualidad: Hillary Clinton. La ex Primera Dama, cuando estalló la noticia, tuvo que tomar una decisión crucial: perdonar la infidelidad de su marido fue probablemente una determinación personal difícil, pero no por ello exenta de consecuencias políticas.

La imagen pública de Hillary Clinton se vio lógicamente afectada por lo sucedido. Podría haberse convertido en una víctima débil, podría haber perdido su entonces incipiente credibilidad política, podría haberse convertido en una perturbada Primera Dama en la sombra. Pero no. En la actualidad Hillary Clinton es una de las mujeres más influyentes del panorama político norteamericano. Tiene una imagen pública propia, una identidad bien diferenciada, un nombre demócrata forjado frente a un pueblo americano acostumbrado a olvidar.

Sus detractores la consideran una mujer manipuladora, sin escrúpulos, ambiciosa más allá de los límites de la ética. Pero también, para quienes la admiran, se ha convertido en la encarnación del *sueño americano*. Una mujer capaz de superar la adversidad y un símbolo de progreso e igualdad. Independientemente del juicio con el que cada uno pueda identificarse, si hay algo que puede afirmarse con seguridad es que Hillary Clinton, después del *escándalo Lewinsky*, ha llegado a convertirse en la primera mujer candidata a la presidencia de los Estados Unidos, y esto no hubiese sido posible sin una adecuada gestión de su imagen pública.

La siguiente investigación pretende desvelar precisamente cuáles han sido los pasos claves en esa gestión, qué atributos de su personalidad se han querido destacar frente a los medios de comunicación y cuáles se han intentado minimizar. Y justamente los medios de comunicación, en tanto que vehículos de su mensaje, han jugado un papel decisivo en su evolución política. En qué medida algunos de los elementos inherentes en la sociedad de la información han sido decisivos en la definición de su perfil es otra de las preguntas a las que se pretende encontrar respuesta a través de estas páginas. Pero siempre, y es importante destacar este punto, desde una perspectiva sociológica.

La sociedad postmoderna está cada vez más orientada hacia la prominencia de lo visual. Y por ello, no resultaría suficiente analizar su mensaje político de forma aislada. La restauración de una imagen dañada, bien sea la de una organización o la de una personalidad política, es un esfuerzo que no consiste sólo en lanzar mensajes positivos para su difusión masiva. Éstos, necesariamente, deben verse acompañados de una estética visual que día a día construya una percepción de coherencia e integridad frente a la opinión pública. Y es que una polémica fotografía publicada en la portada de los medios de comunicación puede, definitivamente, destruir el mejor de los esfuerzos de restauración de una imagen.

Con el objetivo de constatar la veracidad de la hipótesis anteriormente planteada, la metodología que regirá este trabajo consta de tres puntos clave. Es necesario recabar amplia información sobre la personalidad de Hillary Clinton para, a través de su evolución biográfica, descubrir quién es más allá de la visión que de ella han querido proyectar los medios de comunicación. Sin embargo, en el proceso metodológico, también es imprescindible realizar una investigación que descubra cuál ha sido su imagen precisamente en los medios de masas. Una investigación que debe orientarse desde la mayor objetividad posible, indagando tanto en los medios más favorables como en los más críticos. Así mismo, resulta necesario prestar una especial atención a los medios digitales puesto que en cierto modo a raíz del *escándalo Lewinsky* se hizo evidente su creciente influencia en la llamada sociedad de la información. Finalmente, en lo que a la metodología se refiere, resulta conveniente enmarcar el presente trabajo en una perspectiva sociológica que permita alcanzar una comprensión más profunda del objeto de estudio. Hillary Clinton pertenece a una generación marcada por numerosos acontecimientos tanto políticos como sociales. Y en consecuencia su imagen, en tanto que personaje público, no viene determinada solamente por los mensajes políticos o de otra índole que en relación a ella se han comunicado. Para poder entender cómo se gestionó la imagen pública de Hillary Clinton es imprescindible

comprender también el contexto, tanto social como cultural, en el que la senadora se viene desarrollando hasta la fecha.

El presente trabajo se ha dividido según las diferentes etapas en la vida de Hillary Clinton. Se analizan su infancia y su adolescencia hasta llegar a la etapa universitaria y postuniversitaria, incluyendo el momento en que conoce a Bill Clinton. A partir de esa situación, la historia de ambos se sigue entrelazando y se analiza la evolución personal que la senadora experimentó mientras su marido se iniciaba en el mundo político. Finalmente, la sucesión de acontecimientos lleva a Hillary Clinton hasta la Casa Blanca. En el análisis de sus años como Primera Dama se ha querido diferenciar entre toda la etapa previa al *escándalo Lewinsky*, la gestión que se hizo de su imagen durante el escándalo, para finalmente reflexionar sobre cómo los cambios que experimentó la convirtieron en senadora por New York y, más tarde, en candidata a la presidencia de los Estados Unidos.

1. Felicidades, es una Primera Dama

Había terminado la II Guerra Mundial. Estados Unidos no había sido territorio de combate y exceptuando el ataque a la base de Pearl Harbour, el país apenas había sufrido las devastadoras consecuencias que el conflicto armado tuvo en otros países. Las tropas volvían a sus casas y la clase media americana comenzaba una nueva etapa llena de optimismo y prosperidad, que se caracterizó por el *baby boom*, un aumento drástico de la natalidad en una sociedad con esperanza en el futuro. La Guerra Fría con la Union Soviética y la Europa del Este marcaría la política exterior norteamericana en los años siguientes, mientras que la brecha abierta por el racismo se convertiría en el principal foco de conflictos internos en el país.

Hillary Diane Rodham nació el 26 de Octubre de 1947 en Chicago, en una familia de clase media. Su padre, Hugh Rodham, nació en Scranton, entonces una ciudad industrial de Pennsylvania. Fue el segundo hijo de tres hermanos, nacidos en el seno de una familia matriarcal con firmes convicciones metodistas. Hugh Rodham siempre pensó que trabajaría en el molino textil junto a su padre pero, cuando la universidad de Penn State reclutó para el equipo de fútbol americano a su mejor amigo, éste se negó a matricularse si no admitían también a su inseparable compañero de equipo. En 1935, Hugh Rodham regresó a Scranton licenciado en Educación Física y sin la autorización de sus padres, se marchó a Chicago donde consiguió trabajo como vendedor de telas estampadas. Y precisamente en esta ciudad fue donde conoció a su esposa Dorothy Howell, quien estaba allí preparándose para una oferta de mecanógrafa también en una empresa del sector textil.

La madre de la ex Primera Dama tuvo una infancia dramática y creció en el seno de una estructura familiar caótica. Nació en 1919, era hija de un bombero de Chicago y de Della Murray. Ésta dejaba sola durante días a su hija cuando ella tenía tres o cuatro años, y para que se alimentase le daba unos vales de comida que la niña debía cambiar en un restaurante que había no muy lejos del apartamento en que vivían. Cuando nació la hermana de Dorothy Howell, Isabelle, sus padres las mandaban de un pariente a otro y las cambiaban constantemente de escuela, pero nunca permanecían en un mismo lugar el tiempo suficiente como para integrarse socialmente. En 1927, sus padres consiguieron finalmente el divorcio, que era entonces algo muy fuera de lo común y una vergüenza para la familia. Como ni el padre ni la madre querían hacerse cargo de las dos niñas, las mandaron a vivir con sus abuelos paternos en Alambra, una

ciudad al este de Los Ángeles. Durante los cuatro días que duró el viaje, Dorothy Howell con sólo ocho años cuidaba de su hermana de tres. Su abuelo, un ex marino británico, dejaba las niñas al cuidado de su esposa Emma, una mujer severa amante de la sobriedad, que sólo trataba a las niñas para imponerles estrictas normas de conducta. La madre de la que sería Primera Dama no pudo vivir mucho tiempo en aquel clima familiar tan averso, y cuando cumplió catorce años consiguió trabajo como niñera a cambio de una habitación, comida, y tres dólares a la semana. Sin embargo, y pese a lo precario de su situación, Dorothy Howell le contaría más tarde a su hija que esa experiencia la determinó positivamente:

Por primera vez vivía en una casa donde el padre y la madre les daban a sus hijos el amor, la atención y los cuidados que ella nunca había recibido. Mi madre me dijo muchas veces que, sin esa breve estancia entre una familia cuyos miembros se querían, no hubiera sabido cómo cuidar de su casa y de sus hijos.¹

Dorothy Howell y Hugh Rodham se casaron a principios de 1942 y se mudaron a un apartamento pequeño en el barrio de Lincoln Park en Chicago. Una vez allí, el padre de la candidata presidencial se alistó en un programa especial de la Marina y le destinaron a la Estación Naval de Los Grandes Lagos, ubicada aproximadamente unos 100 kilómetros al norte de Chicago. Allí llegó a ser sargento instructor y su principal función era entrenar a los jóvenes marineros que luego serían enviados al mar. Hugh Rodham seguía muy unido con su familia en Scranton y llevó a todos sus hijos a bautizarse allí, en la iglesia metodista de Court Street a la que él asistía cuando era niño. Cada mes de agosto, toda la familia se mudaba para pasar las vacaciones en una pequeña casa que el abuelo Rodham había construido en 1921 a orillas del lago Winola, que está ubicado unos 30 kilómetros al noroeste de Scranton. La cabaña rural donde la joven Hillary pasó tantos veranos carecía entonces de ducha en el interior y según cuenta en sus memorias, para mantenerse limpios los niños tenían que bañarse en el lago o ubicarse de pie en el porche mientras un adulto les lanzaba agua desde el tejado con un cubo. La cabaña aún pertenece a la familia y el matrimonio Clinton llevó a su hija Chelsea a conocerla por primera vez cuando aún no había cumplido los dos años.

En 1950, cuando la hija de los Rodham tenía tres años, su padre compró una casa de dos pisos en un barrio residencial de Chicago, Park Ridge, donde vivían muchos

¹ RODHAM CLINTON, Hillary. *Historia viva, memorias*. Colección Booket. Editorial Planeta, Barcelona, 2004. p. 18. La madre de la ex Primera Dama, como consecuencia de sus traumáticas experiencias, se dedicó exclusivamente a desarrollar su rol de madre y ama de casa para asegurarle a sus hijos la infancia que ella no tuvo. Gracias a esto, Hillary Clinton gozó de una niñez idílica desde el punto de vista de la cultura estadounidense.

veteranos de guerra. “El barrio era blanco y de clase media, un lugar donde las mujeres se quedaban en casa para criar a los hijos mientras los hombres acudían todos los días a trabajar en el centro de Chicago”.² Creció en un entorno ciertamente protegido y gracias a que su madre se dedicó exclusivamente al cuidado de la casa y la familia, pudo compartir mucho tiempo de calidad con ella. La madre de la senadora era una mujer de convicciones demócratas, aunque nunca lo manifestaba públicamente para no desentonar en el barrio de Park Ridge, una zona mayoritariamente republicana. Su padre, en cambio, era un republicano conservador muy estricto que detestaba el despilfarro, como consecuencia de haber crecido con un gran temor a la pobreza durante la Depresión. Tanto su padre como su madre fueron para Hillary siempre una gran influencia y los diferentes valores de cada uno de ellos ayudaron a formar no sólo su personalidad sino también su propia identidad política. Sin embargo, pese a la buena relación que desde niña mantuvo siempre con su madre, Hugh Rodham tenía más afinidad de carácter con su hija:

*From the start, Hillary seemed born with a strong, determined personality, full of confidence and certitude and tenacity, much like her father. While Dorothy was an influential force among her children, it was Hugh who dominated the family and always made his presence felt within the Rodham household. [...] He possessed a tenacity and unrelenting competitiveness – a constant drive for perfection that came to have a profound impact on the personalities of his children.*³

Pasada su infancia, la ex Primera Dama entró en la adolescencia ya con inquietudes sociales y una creciente pasión por el activismo político. Consiguió su primer empleo de verano a los 13 años en el Departamento de Parques del Distrito de Park Ridge, y tres mañanas a la semana recorría andando la distancia que separaba su casa del parque que le había sido asignado, a unos pocos kilómetros de su hogar. También durante el principio de su adolescencia, fue excursionista de las Girl Scouts y participó en los desfiles del 4 de Julio y en la venta de galletas entre otras actividades. Ya daba entonces grandes muestras de poseer capacidad de liderazgo, pues organizaba a los niños del barrio para participar en juegos, carnavales y acontecimientos deportivos que

² RODHAM CLINTON, op. cit., p. 27

³ KENGOR, Paul. *God and Hillary Clinton*. Harper Collins Publishers, New York, 2007. p. 4 N. de T. Desde el principio, Hillary pareció nacer con una personalidad fuerte y decidida, llena de confianza y certeza y tenacidad, muy parecida a su padre. Mientras Dorothy era una fuerza influyente entre sus hijos, era Hugh quien dominaba la familia y siempre hacía que su presencia se sintiera en el hogar de los Rodham. [...] Poseía una tenacidad y una implacable competitividad – una constante motivación perfeccionista que terminó por tener un profundo impacto en las personalidades de sus hijos. El rol paterno de Hugh Rodham estaba claramente influido por sus experiencias militares y muchos de los rasgos de personalidad heredados por Hillary Clinton, que se manifiestan en su imagen pública, tienen su origen precisamente en las características propias de la cultura militar tan arraigada en Estados Unidos.

celebraban en los patios de atrás de las casas, tanto por diversión como para recaudar algunos dólares que luego donaban a la caridad. Fueron precisamente unos juegos olímpicos que la adolescente organizó en el vecindario los que propiciaron su primera aparición mediática con sólo 12 años en el periódico local, el *Park Ridge Advocate*, donde aparece ella junto con unos amigos entregando una bolsa de papel llena de dinero para United Way.

El entorno social en el que se desarrolló la personalidad de Hillary era en cierto modo una ilusión que no permitía a la joven percibir la realidad social que existía más allá del protegido Park Ridge. La Guerra Fría era para ella una idea abstracta, no conocía ni un sólo niño cuyos padres estuvieran divorciados y hasta que llegó al instituto no conoció a nadie que hubiese muerto de nada diferente a la avanzada edad. Su familia la educó en el respeto a la diferencia y eran comunes los acalorados debates sobre política durante la hora de comer: “Aprendí que opiniones distintas pueden convivir bajo un mismo techo. [...] También aprendí que una persona no era necesariamente mala sólo porque tú no estuvieras de acuerdo con él, y que si creías en algo, más valía que estuvieras dispuesta a defenderlo”.⁴ Otra de las filosofías vitales que Dorothy Howell inculcó en su hija fue la importancia de resistirse a la presión social que sus compañeros pudiesen ejercer sobre ella. A menudo su madre le recordaba la importancia de expresar la propia personalidad a través del pensamiento libre, luchando contra la tentación de valorarse a uno mismo en comparación con la mayoría.

Gracias al esfuerzo de sus padres, también tuvo acceso a una buena educación en todos los centros por los que pasó en su proceso de formación preuniversitaria. Eran escuelas bien equipadas, que contaban con profesores preparados y una gran variedad de actividades extraescolares. En el año 1960, ya en el instituto, comenzó a crecer notablemente su sensibilidad política y también se expandía su visión del mundo más allá de la tranquila realidad conocida. Ese año John F. Kennedy había ganado las elecciones presidenciales, aunque no sin polémica. Se decía que el alcalde de Chicago Richard J. Daley, le había ayudado a obtener el cargo haciendo un recuento fraudulento de los votos. Su mejor amiga en el instituto, Betsy Johnson, averiguó que un grupo de republicanos estaba pidiendo voluntarios para cotejar las listas de votantes con las direcciones en las que estaban registrados, esperando demostrar así que se había

⁴ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 32. Las ideas demócratas de la madre de la ex Primera Dama, en contraste con las creencias republicanas de Hugh Rodham, propiciaban un clima familiar de debate político que alimentó el interés de Hillary Clinton durante los primeros años en la formación de su personalidad. Sin el citado contraste ideológico hubiese resultado difícil que ya desde tan joven apareciese en la niña una curiosidad política.

hecho un recuento creativo y que, por tanto, existía un fraude electoral. Ambas jóvenes, escondiéndoselo a sus respectivos padres, decidieron unirse a los voluntarios. A la joven Rodham se la llevaron en coche hasta el South Side de Chicago, la dejaron en un barrio pobre y le dijeron que llamara a las puertas para encontrar pruebas que permitieran impugnar las elecciones. De hecho, gracias a que su ingenuidad no abrió la puerta al miedo, llegó incluso a encontrar un solar vacío donde estaban registrados doce supuestos votantes.

Según ella misma explica en sus memorias, sus años de instituto a principios de los sesenta fueron parecidos a la película *Grease*. El instituto estaba dividido en diversos grupos que determinaban la posición social de sus miembros. Los grupos no se relacionaban entre ellos, e incluso el lugar de la cafetería en que cada uno debía sentarse venía determinado por el grupo al que esa persona pertenecía. Eran normas no escritas pero reconocidas por todos, originadas en unas dinámicas de interacción social basadas en la discriminación. Durante el tercer año en el instituto, esas diferencias se convirtieron en motivo de conflicto. Estalló la tensión social acumulada y comenzaron las peleas entre bandas en el aparcamiento del instituto y durante los partidos de fútbol americano o baloncesto. La administración del instituto quiso frenar esos enfrentamientos con rapidez y creó un comité, formado por estudiantes representativos de los diversos grupos, que se denominó Comité de Valores Culturales. Los esfuerzos de este comité estaban orientados a hacer recomendaciones específicas para motivar la tolerancia y frenar las tensiones. Hillary formó parte del mismo por petición explícita del director del instituto y gracias a ello vivió su primera aparición en una televisión local, durante un programa en el que se debatieron las iniciativas que el comité había llevado a cabo. Esa experiencia representó también su primera participación en una acción organizada en defensa de los valores nacionales que tan hondamente le había inculcado su familia.

Aquella joven estudiante de instituto acabaría convirtiéndose en la primera mujer candidata a la presidencia de los Estados Unidos, pero esto no hubiese sido posible sin una evolución social en favor de la igualdad entre hombres y mujeres. Según explica en sus memorias, nunca escuchó a un profesor o al padre de una amiga decir que las chicas no podían hacer esto o aquello.

A veces, no obstante, ese mensaje llegaba por otras vías. Podía ser tan aberrante como las ofertas de empleo que hasta mediados de los sesenta estaban divididas en dos columnas distintas, una para hombres y otra para mujeres, o tan sutil como ceder la

sección de portada del periódico a cualquier hombre que estuviera cerca y contentarte con las páginas femeninas hasta que él acabase de leer las noticias serias.⁵

Siempre sintió interés por los viajes de exploración espacial en parte por influencia de su padre, quien temía que la Unión Soviética adelantase a Estados Unidos en ese campo. El presidente Kennedy hizo público su compromiso de llevar al hombre hasta la luna y ella escribió a la NASA para ofrecerse como astronauta en formación. Como respuesta recibió una carta de rechazo que explicaba que en la NASA no admitían a mujeres astronautas. Al leerla se sintió indignada y frustrada, puesto que afrontaba por primera vez un obstáculo que no podía vencer con su esfuerzo. Ese rechazo basado en la discriminación por razón de sexo sentó un precedente en la vida de la senadora, quien más tarde se sintió especialmente llamada a luchar políticamente contra el racismo y otros tipos de discriminaciones sociales.

La pasión de Hillary fue desde muy joven la política. Ganó las elecciones para el consejo escolar y para vicepresidenta de la clase de tercer curso en el instituto. Fue también miembro activo de los Jóvenes Republicanos y una chica Goldwater durante su campaña. Gran parte de su sentido de la justicia social, que en años posteriores intentaría concretar en acciones políticas, nació como consecuencia de su activa participación en la First United Methodist Church de Park Ridge, en la escuela bíblica, en la escuela dominical donde su madre enseñaba, y también como miembro del grupo que limpiaba y preparaba el altar los sábados para los servicios del domingo. Durante muchos años experimentó en su persona la contradicción entre la individualidad que su padre republicano promulgaba y las inquietudes sobre justicia social que motivaban a su madre demócrata. En 1961 apareció en su vida un joven ministro metodista llamado Donald Jones que le inspiró para avanzar en la creación de sus propias convicciones políticas. El reverendo Jones organizaba intercambios con jóvenes de las iglesias negras e hispanas del centro de Chicago, y gracias a estos intercambios, la ex Primera Dama comenzó a aprender más sobre el movimiento a favor de los derechos civiles en el sur.

Whatever Jones' intention, the encounter had a profound effect on Hillary, as did the moment in April 1962 when Jones took the teenage Hillary and her class back to

⁵ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 44. Las inquietudes feministas de Hillary Clinton tienen su origen precisamente en el contraste que la joven experimentaba entre las creencias sociales y los valores familiares. Su madre le inculcó la idea de igualdad entre sexos y al descubrir la realidad social en ese ámbito, su personalidad fue forjándose en la necesidad de combatir la discriminación. Un valor adquirido en los principios de su adolescencia que le ha acompañado a lo largo de toda su carrera política.

*Chicago to hear a rousing speech by a man named Martin Luther King Jr. at Chicago's Orchestra Hall.*⁶

Ese discurso, titulado “Permanecer despiertos durante una revolución”, fue revelador para la adolescente. Hasta el día en que lo escuchó, ella era vagamente consciente de la revolución social que se estaba gestando en el país y las palabras del doctor King la despertaron de su indiferencia. “Pero aunque se me estaban abriendo los ojos, todavía repetía como un lorito las convicciones habituales de Park Ridge y las ideas políticas de mi padre”.⁷

En el último año de instituto la candidata presidencial debía elegir a qué universidad quería asistir. Dos recién licenciadas que daban clase en su instituto le recomendaron que aplicase para Smith y Wellesley, sus dos respectivas facultades. Finalmente, cuando fue admitida en ambas, se decidió por Wellesley porque había visto en las fotografías del campus que ésta tenía un pequeño lago que le recordó al Winola, el lago a orillas del que pasó los veranos de su infancia.

En el año 1994, la cadena PBS produjo un documental sobre la promoción de Wellesley de 1969 para su serie *Frontline*. El documental, titulado “La clase de Hillary”, analizaba la generación de mujeres que compartió la experiencia de aquellos años universitarios, 25 años después de su graduación. La productora del programa, Rachel Dretzin, explicó porqué se había elegido esa generación justificando que el grupo de mujeres formado en aquella etapa creció a través de un tiempo de cambios radicales que redefiniría el rol social de las mujeres para el futuro.

El principio de sus años universitarios fue duro para la joven. Convivía con otras chicas de mayor poder adquisitivo, formadas en el extranjero y con suficientes conocimientos demostrables como para estar exentas de algunas pruebas académicas que ella sí debía superar. Un mes después de haber empezado las clases quiso rendirse:

[...] the academic rigors of college nearly overwhelmed Hillary, who informed her parents in October 1965, shortly after beginning her first semester, that she was not smart

⁶ KENGOR, op. cit., p. 17 N. de T. Independientemente de cuál fuera la intención de Jones, el encuentro tuvo un profundo efecto en Hillary, como también lo tuvo el momento en abril de 1962 cuando Jones llevó a la adolescente Hillary y a su clase de vuelta a Chicago para escuchar un enardecedor discurso de un hombre llamado Martin Luther King Jr. en el *Orchestra Hall* de Chicago.

⁷ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 48

*enough for the school. Her father urged her to persevere and eventually Hillary became a strong student.*⁸

Así que permaneció en la universidad y comenzó a explorar sus propias capacidades y sus posibilidades de futuro. Cuando la ex Primera Dama llegó a la universidad en 1965, la institución desempeñaba un papel protector con las alumnas, y sus vidas sociales fuera de la universidad estaban limitadas a unos encuentros programados con los chicos de las universidades cercanas. Pero los tiempos estaban cambiando y las alumnas pronto se cansaron de esa protección paternalista. El gobierno universitario, durante el tiempo que estuvo presidido por Hillary, presionó constantemente a la administración universitario hasta conseguir la anulación de algunos reglamentos de carácter más paternalista que académico.

El campus de Wellesley, a mediados de los sesenta, comenzaba a verse influenciado por los cambios sociales que se estaban produciendo en el exterior del protegido entorno universitario. Aunque la senadora se mantenía como presidenta de los Jóvenes Republicanos de Wellesley, progresivamente aumentaban sus dudas sobre la política del partido, especialmente en lo referente a los derechos civiles y la guerra de Vietnam:

Mis ideas, las nuevas y las viejas, eran puestas a prueba todos los días por profesores de ciencia política que me obligaban a expandir mi comprensión del mundo y a examinar mis propios prejuicios justo en el momento en que las noticias aportaban a diario material más que suficiente para la reflexión.⁹

Finalmente, llegó un momento en que Hillary se dio cuenta de que sus ideas ya no encajaban con las del Partido Republicano y entonces decidió abandonar la presidencia de los Jóvenes Republicanos. Cuando llegó a su tercer año de universidad ya apoyaba a los demócratas y más concretamente la campaña contra la guerra de Eugene McCarthy, un senador demócrata por Minnesota que se enfrentaba a Johnson en las primarias para la Presidencia. Todavía entonces la ex Primera Dama seguía

⁸ SAMMON, Bill. *Meet the next President*. Threshold Editions, New York, 2007. p. 44 N. de T. [...] Los rigores académicos de la universidad casi abrumaron a Hillary, quien informó a sus padres en octubre de 1965, poco después de empezar su primer semestre, de que ella no era lo suficientemente inteligente para esa escuela. Su padre la instó a perseverar y eventualmente Hillary se convirtió en una estudiante fuerte.

Las exigencias de su padre ayudaron a Hillary Clinton en el desarrollo de una personalidad fuerte y perseverante, sin la cual no hubiese superado emocionalmente sus años en la Casa Blanca.

⁹ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 59. La ex Primera Dama se había adherido a las ideas políticas de su padre de forma ideológica y por admiración a él, pero eventualmente tuvo que aceptar el cambio que se estaba produciendo en sus opiniones políticas como consecuencia de sus años universitarios lejos del seno familiar. Sin embargo, Hillary Clinton se convirtió en una demócrata moderada, encontrando así un punto intermedio entre los opuestos ideales políticos de sus progenitores.

colaborando activamente en política y para contribuir con la campaña de McCarthy, se fue con unas amigas conduciendo desde Wellesley hasta Manchester, New Hampshire, para ayudar a hacer sobres y para visitar distritos electorales.

Los acontecimientos que se sucedían en el país entre los años 1968 y 1969 fueron no sólo claves para la evolución de Estados Unidos sino también decisivos en la evolución política personal de la candidata a la presidencia. El 4 de abril de 1968 fue asesinado Martin Luther King y como consecuencia se produjeron disturbios en algunas ciudades. En el Post Office Square de Boston se organizó una gran manifestación de protesta, y ella asistió motivada por su preocupación por el futuro del país. Dos meses después asesinaron al senador Robert F. Kennedy, el 5 de junio de 1968. Para aquel entonces la universitaria ya había terminado el año lectivo y estaba de vuelta en casa de sus padres esperando la respuesta a su aplicación para un programa de prácticas que Wellesley ofrecía en Washington D.C., que consistía en colocar a los estudiantes en diferentes agencias y oficinas del Congreso durante nueve semanas en verano para que pudiesen ver cómo funcionaba el gobierno por dentro.

Finalmente le concedieron la plaza solicitada en el programa, pero con una pequeña variante en sus planes. El director de tesis de la senadora, Alan Schechter, la destinó a hacer las prácticas en la Asamblea Republicana de la Cámara de Representantes.

Él sabía que yo era republicana cuando ingresé en Wellesley y también que mi trayectoria desde entonces me había llevado a apartarme de las ideas políticas de mi padre. Estaba convencido de que esas prácticas me ayudarían a seguir decidiendo mi propio camino.¹⁰

Así que sin otra opción se incorporó en dicha plaza el día previsto y durante esas nueve semanas trabajó con un grupo que dirigía Gerald Ford junto con los congresistas Melvin Laird, de Wisconsin, y Charles Goodell, de New York. Cuando asesinaron a Robert Kennedy, el gobernador Nelson Rockefeller nombró precisamente a Charles Goodell para sustituir al difunto Kennedy hasta que pudiesen celebrarse las elecciones. Cuando ella estaba finalizando su periodo de prácticas, Goodell le pidió a ella y a otros pocos estudiantes en el mismo programa que le acompañasen a la Convención Republicana de Miami. La tarea de los estudiantes consistiría en ayudar al gobernador Rockefeller, que estaba entonces luchando por arrancarle la nominación de su partido a Richard

¹⁰ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 65

Nixon. Aquel primer contacto con el interior de la alta esfera política le impactó profundamente y fue determinante en la definición de sus propias ideas políticas:

*When Eugene McCarthy left the race, Ms. Rodham volunteered for Nelson Rockefeller, the preference of many liberal Republicans as the best remaining antiwar candidate once McCarthy was gone. She went to the Republican convention in Miami to suport Rockefeller. Hillary could have tolerate a Rockefeller or a Lindsay, who were anathema to conservatives, but would not dare favor Richard Nixon.*¹¹

A raíz de esa experiencia, su ideología política se decantó definitivamente por el Partido Demócrata. La nominación de Nixon supuso un giro interno en el Partido Republicano, que fue decantándose por una ideología más conservadora mientras los políticos de tendencia moderada veían como su influencia dentro del partido se reducía progresivamente. Ni ella ni Betsy Johnson, su amiga desde el instituto, habían planeado asistir a la Convención Demócrata que se celebró en Chicago algún tiempo después. El último día de la convención estalló una multitudinaria protesta en el parque Grant de Chicago y ambas decidieron acudir. La policía intentaba controlar a los manifestantes con gas lacrimógeno y las dos jóvenes quedaron impactadas por la brutalidad de lo que estaba sucediendo en aquel lugar. Pero pese a las decepciones que la joven demócrata había sufrido en sus primeros contactos con el mundo político, ella seguía creyendo que la política era la única vía posible para conseguir cambios duraderos y pacíficos en un sistema democrático como el de Estados Unidos. Su deseo de participar activamente en política lejos de desvanecerse, se reforzaba.

Su último año en la universidad fue crucial. Para su tesis decidió analizar el trabajo de Saul Alinsky, un nativo de Chicago que defendía la organización de comunidades como herramienta para producir un cambio en el sistema. Ella coincidía con él en la necesidad de que los miembros de la comunidad se ayudasen entre ellos para progresar, pero Alinsky defendía que el cambio sólo era posible desde fuera. La candidata presidencial, en cambio, seguía creyendo que un cambio desde dentro todavía era posible. Alinsky le ofreció trabajar con él después de su graduación, pero

¹¹ KENGOR, op. cit., p. 33 N. de T. Cuando Eugene McCarthy dejó la carrera, la Sra. Rodham se ofreció voluntaria para Nelson Rockefeller, la preferencia de muchos republicanos liberales como el mejor candidato antiguerra restante una vez McCarthy se fue. Ella fue a la convención Republicana en Miami para dar apoyo a Rockefeller. Hillary podría haber tolerado a Rockefeller o a Lindsay, quienes eran odiosos para los conservadores, pero no se atrevería a apoyar a Richard Nixon. El giro ideológico del Partido Republicano no dejaba espacio para los ideales de centro y, en consecuencia, Hillary Clinton decidió posicionarse en el lado de los demócratas. Si los republicanos hubiesen mantenido una línea más moderada, las creencias políticas de la ex Primera Dama hubiesen evolucionado de forma diferente, pero aquellas elecciones marcaron el punto de inflexión en la creación de su personalidad política.

finalmente ella rechazó la oferta. Había decidido que quería ingresar en la facultad de derecho.

Los años de universidad ya quedaban atrás, y sólo restaba celebrar el acto de graduación como símbolo del cierre de una etapa. Wellesley nunca había tenido una portavoz en la graduación, y la presidenta Ruth Adams se oponía por completo. Como medida de presión, la líder del movimiento para lograr una portavoz propia, Eleanor Eldie Acheson, amenazó a la institución con crear una ceremonia de graduación paralela si la universidad no accedía a la petición de las alumnas. Hillary, a quien habían pedido sus compañeras que diera el discurso de graduación, consiguió convencer finalmente a la presidenta Ruth Adams. El día de la graduación, el 31 de mayo de 1969, todavía no tenía un discurso escrito formalmente y decidió hablar sobre todas las inquietudes que sus compañeras le habían trasladado en los días previos. En sus memorias, explica algunos de los puntos claves del discurso de graduación:

Comencé defendiendo la indispensable labor de crítica y protesta constructiva y al final, parafraseando el poema que una compañera había escrito, declaré que el desafío es practicar la política como el arte de hacer posible lo que parece imposible. Defendí la protesta como un intento de forjar una identidad en este particular periodo de la historia y como una manera de aceptar gradualmente nuestra propia humanidad. Formaba parte de la experiencia norteamericana y si el experimento sobre la forma de vivir no funciona en este país en esta época, no va a funcionar nunca en ninguna parte. También dije que el miedo siempre nos acompaña, pero no tenemos tiempo para el miedo. No ahora.¹²

Su objetivo con aquel discurso consistía en reflejar las inquietudes de su promoción, que se enfrentaba a un futuro incierto marcado por un inquietante clima de revolución social. Pero cuando la recién graduada llamó a su madre, quien no había podido asistir al acto por problemas de salud, se llevó una sorpresa. Su discurso había tenido repercusión a nivel nacional. Dorothy Howell explicó a su hija que había estado respondiendo llamadas de periodistas y programas de televisión que pedían entrevistas y la aparición de la joven promesa en los medios de comunicación. La entrevistó Irv Kupcinet en un canal local de Chicago, y la revista *Life* publicó un reportaje en el que aparecían fragmentos de su discurso junto con una fotografía suya. Precisamente esta

¹² RODHAM CLINTON, op. cit., p. 75. En el primer discurso público de la ex Primera Dama se manifiestan sus entonces incipientes ideas liberales y el nacimiento de sus inquietudes sociales. Sus creencias se fueron moderando conforme se materializaba su evolución política en los sucesivos años, pero el tono directo y contundente de aquel primer discurso se mantendría como parte de su personalidad pública en sus futuras manifestaciones como personaje político frente a los medios de comunicación.

aparición en la prestigiosa publicación fue la primera aparición de la ex Primera Dama en un medio nacional.

Su madre le explicó también que las opiniones sobre su discurso estaban divididas y radicalizadas entre las excesivamente efusivas, afirmando que le había puesto palabras a los sentimientos de toda una generación, y las opiniones firmemente negativas, expresadas con comentarios como “¿Pero quién se ha creído que es?”.¹³

Con la perspectiva de los años, se puede ver en esas reacciones radicales y contradictorias entre sí un paradigma de lo que serían los años futuros de Hillary como personaje público, más intensamente si cabe en el periodo que ha seguido al anuncio de su candidatura para la presidencia de Estados Unidos: “[...] *the overwhelming majority of Americans made up their minds about Hillary long before she entered the presidential race. Some love her, others despise her, but very few remain undecided*”.¹⁴

Pero pese a toda la polémica que despertó su discurso, el verano ya había llegado y ella debía continuar con sus planes de futuro para el siguiente año. Ya sabía que quería continuar estudiando en la facultad de derecho, y fue admitida en Harvard y en Yale. Asistió a un cóctel en la Facultad de Harvard y un famoso profesor de derecho de esa misma universidad le dio el empujón que necesitaba para decidir en qué facultad matricularse: “El hombre me miró con desprecio y frialdad y sentenció; bien, en primer lugar ninguno de nuestros rivales es grande. En segundo lugar, no nos hacen falta más mujeres en Harvard”.¹⁵ En otoño de 1969, la senadora comenzó a estudiar en la Facultad de Derecho de Yale, convirtiéndose en una de las 27 mujeres matriculadas de un total de 235 estudiantes.

El principio de los años 60 fue una época de esperanza, pero cuando llegó la década de los 70 el panorama social se había ensombrecido mucho. Algunos activistas blancos, en contra de la guerra, comenzaban a fabricar bombas en los sótanos de sus casas. El movimiento por los derechos civiles de las personas de color, inicialmente pacífico, se fraccionó para permitir la aparición de nuevos grupos con reivindicaciones propias,

¹³ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 77

¹⁴ SAMMON, op. cit., p. 42 N. de T. [...] La abrumadora mayoría de los americanos decidió sobre Hillary mucho antes de que ella entrara en la carrera presidencial. Algunos la aman, otros la desprecian, pero muy pocos permanecen indecisos.

¹⁵ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 70. El hecho de verse despreciada simplemente por ser mujer contribuyó a la definición de sus marcados ideales feministas, como venía sucediendo desde su adolescencia. Hillary Clinton, en tanto que personaje público, se ha convertido en un símbolo en la lucha por los derechos de las mujeres. Sin experiencias como la de aquella recepción en *Harvard*, la ex Primera Dama no hubiese evolucionado en la misma dirección ideológica.

como las del colectivo musulmán o el partido de los Panteras Negras. El gobierno, a través de las redes de espionaje del FBI, se infiltraba en estos grupos para desarticularlos y no siempre por vías legales.

En el mes de abril de ese año, ocho miembros del partido de los Panteras Negras, entre ellos su líder Bobby Seale, fueron juzgados por asesinato en New Haven. Comenzaron entonces las manifestaciones tanto fuera como dentro del campus de la Facultad de Derecho de Yale. La noche del 27 de abril, se declaró un incendio en la biblioteca de Derecho Internacional y el decano de la Facultad de Derecho, Louis Pollak, tuvo que pedir a los estudiantes que se organizaran en patrullas de seguridad para proteger la universidad durante las 24 horas del día, medida que se mantuvo hasta el final del año lectivo. En este clima de convulsión social, el 30 de abril de 1970 el Presidente Nixon anunció que enviaría tropas a Camboya, expandiendo así la presencia de Estados Unidos en la guerra de Vietnam.

El 1 de Mayo se produjeron protestas por todo el país para rechazar la participación de Estados Unidos en la guerra y también en apoyo de un juicio justo para los ocho detenidos del partido de los Panteras Negras. El 4 de mayo las protestas todavía no habían cesado, y la Guardia Nacional abrió fuego en la Universidad de Kent State, Ohio, contra los estudiantes que se manifestaban allí. Murieron cuatro de ellos y la comunidad estudiantil se revolucionó aún más. Los medios de comunicación de todo el país distribuyeron la fotografía de una estudiante arrodillada junto al cuerpo de su compañero muerto y las comunidades estudiantiles de Estados Unidos se convulsionaron frente al horror de lo sucedido.

La ex Primera Dama pronunció un discurso el 7 de mayo durante el banquete de la convención para el 50 Aniversario de la Liga de Mujeres Votantes de Washington, una oportunidad que le surgió a raíz de su discurso de graduación. Durante su discurso en la convención intentó explicar el contexto en que se estaban produciendo las protestas y cuál había sido el impacto que los tiroteos en Kent State habían tenido entre los estudiantes de Derecho en Yale. Días antes había actuado como moderadora de un debate en el que se decidió, por 239 contra 12 votos, que la Facultad de Derecho de Yale debía sumarse a la huelga nacional en la que ya participaban más de 300 escuelas y facultades de todo el país, para protestar por la expansión de la guerra de Vietnam. Durante la convención para el aniversario de la Liga de Mujeres Votantes del Washington en la que participó la joven Rodham intervino también Marian Wright

Edelman, la oradora destacada en el acto que terminaría por convertirse en una fuente de inspiración para la senadora.

Marian Wright Edelman se graduó de la Facultad de Derecho de Yale en el año 1963, y fue la primera mujer de raza negra admitida en el Colegio de Abogados de Mississippi. Durante la primera mitad de la década de los 60 había dirigido las oficinas del Fondo de Defensa Legal y Educación de la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color) en Jackson y había viajado por todo Estados Unidos organizando programas de enseñanza preescolar para niños marginados. También era una activista en la lucha por los derechos civiles en el sur del país. Para Hillary, Marian Wright Edelman fue un ejemplo decisivo que contribuyó a orientarla definitivamente en la defensa de los niños, una preocupación social que ha permanecido en ella durante toda su carrera política. Al finalizar la convención, Peter Edelman le explicó a la destacada estudiante de derecho que su esposa tenía planes de crear una organización para luchar contra la pobreza, y la animó a pedirle trabajo.

Unos meses después, Marian Wright Edelman asistió a Yale para impartir una conferencia y la joven promesa aprovechó la ocasión para presentarse ante ella y decirle que quería ayudarla durante el verano. Pero apareció un problema. Hillary debía ganar dinero suficiente como para complementar la beca que había obtenido en Wellesley y también para pagar los diferentes préstamos estudiantiles en los que se había comprometido. Marian Wright Edelman le dijo que podía darle trabajo, pero sin sueldo. Finalmente, el Consejo de Investigación de Derechos Civiles de los Estudiantes de Derecho le concedió una beca que permitió a la senadora trabajar durante el verano de 1970 en el Proyecto de Investigación Washington que Marian Wright Edelman acababa de poner en marcha precisamente en Washington D.C.

Después de aquella experiencia, volvió a Yale en otoño decidida a centrarse en estudiar cómo la ley afectaba la vida de los niños menos favorecidos. Fue entonces a hablar con el director del Centro de Estudios Infantiles de Yale, el doctor Al Solnit, y con la directora clínica del centro, la doctora Sally Provence. Aceptaron su oferta de colaboración y pasó todo el año en el centro, participando en las reuniones sobre casos prácticos y presenciando las sesiones clínicas. También le ofrecieron colaborar con el libro *Beyond the Interests of the Child*, que estaban escribiendo el profesor Goldstein de la Facultad de Derecho y el doctor Solnit en colaboración con la hija de Sigmund Freud, Anna Freud. También en el campo de la protección de los derechos de los niños, empezó a colaborar con el hospital de Yale-New Haven, ayudando en la redacción de

los documentos legales que el hospital utilizaba cuando existían sospechas de maltrato infantil en un paciente. Paralelamente, trabajaba en la oficina de servicios legales de New Haven, donde conoció a la abogada y consejera legal Penn Rhodeen, quien reforzó su conciencia sobre la importancia de defender a los niños en situaciones de maltrato y negligencia.

Años más tarde, en 1974, la ex Primera Dama vio publicado su primer artículo académico en la *Harvard Educational Review* bajo el título “Niños bajo la ley”. Un artículo que exploraba las decisiones a las que se debe enfrentar la judicatura cuando un niño sufre maltrato o falta de cuidados por parte de su familia. El artículo planteaba también un análisis sobre la importancia de las decisiones de los padres cuando éstas tienen consecuencias a veces irreparables en la vida del niño, por ejemplo con la negación de los cuidados médicos o con la violación del derecho del niño a seguir escolarizado. Mucho después de la publicación de ese artículo, durante la campaña presidencial de 1992, varios republicanos conservadores como Marilyn Quayle y Pat Buchanan utilizaron el artículo para acusar a Hillary Clinton de antifamilia, llegando a decir que ella defendía que un niño pudiese denunciar a sus padres si le obligaban a sacar la basura. Pero eso no sucedería hasta casi dos décadas después. Para la candidata a la presidencia, 1970 fue un año revelador. Finalmente descubrió cuál era su vocación en el campo del Derecho: defender los derechos de los niños desatendidos y necesitados.

2. El nacimiento de la alianza Clinton

Bill Clinton y Hillary Rodham se conocieron en la biblioteca de Derecho de la Universidad de Yale. Él estaba manteniendo una conversación con un estudiante que trataba de convencerlo para que escribiese un artículo en el *Yale Law Journal*. Bill Clinton desviaba continuamente la mirada de su interlocutor para observar a la joven que había llamado su atención. Ella, tras percatarse una vez más de aquella situación que se venía repitiendo desde hacía algún tiempo, decidió presentarse.

*After a while she closed her book, walked the length of the library, looked me in the eye, and said, «If you're going to keep staring at me and I'm going to keep staring back, we ought to at least know each other's name. Mine's Hillary Rodham. What's yours?».*¹⁶

¹⁶ CLINTON, Bill. *My Life*. Vintage Books, New York, 2005. p. 181 N. de T. Después de un poco ella cerró su libro, caminó a lo largo de la biblioteca, me miró a los ojos y dijo, «si vas a seguir mirándome

Este primer encuentro tuvo lugar al comienzo de la primavera, pero realmente no se desarrolló ningún tipo de relación entre ellos hasta finales del semestre académico, más concretamente hasta el último día de clases en la primavera de 1971. Aquel día, Bill Clinton y la senadora tuvieron su primera cita, aunque sin planificación previa.

Ella se encaminaba hacia el edificio en el que debía matricularse para el siguiente semestre y ex Presidente se ofreció a acompañarla, argumentando que él también necesitaba matricularse. Pero cuando llegaron al mostrador de secretaría, Bill Clinton tuvo que confesarle a su nueva amiga que él ya se había registrado para las clases de otoño, y que todo había sido una estratagema diseñada para poder pasar algún tiempo con ella. Una estrategia que funcionó, pues después de llevar a cabo los procesos burocráticos pertinentes, se fueron a dar un paseo juntos por el campus universitario.

Ambos querían visitar una exposición en la galería de arte de la Universidad de Yale, pero debido a un conflicto laboral con los empleados de la limpieza, el edificio se encontraba cerrado. Bill Clinton consiguió llegar a un acuerdo con los responsables de la galería: les dejarían visitar el museo en aquel mismo momento y él, a cambio, se comprometía a recoger toda la basura que se había acumulado como consecuencia del estancamiento en las negociaciones con las partes implicadas en el conflicto. “Aquella vez, mientras hablaba para que nos dejaran pasar, fue la primera vez en que vi su capacidad de persuasión en acción. Y lo logró, teníamos el museo para nosotros solos”.¹⁷ Pero no sería esa la última vez en que la estudiante presenciara las habilidades de Bill Clinton para la retórica persuasiva.

A medida que fue pasando el tiempo la relación entre ambos fue consolidándose, hasta que llegó el momento de hablar sobre los planes de futuro para después de la graduación. La ex Primera Dama ya sabía que quería dedicarse a defender los derechos de los niños, pero no tenía ningún plan concreto sobre como llevar a cabo esa tarea. Él, en cambio, ya estaba seguro de que realmente deseaba volver a Arkansas

fijamente y yo voy a seguir devolviéndote la mirada, debemos por lo menos conocer el nombre del otro. El mío es Hillary Rodham. ¿Cuál es el tuyo?». En el contexto social en que se produjo el encuentro era más habitual que el hombre tomase la iniciativa para conocer a una mujer de su interés. Sin embargo, Hillary Clinton volvió a hacer gala de su fuerte personalidad al romper las convenciones sociales. Además, en ese primer encuentro ya empiezan a definirse los roles en la pareja y se materializan las especulaciones políticas que señalan a la ex Primera Dama como el carácter dominante en el matrimonio Clinton.

¹⁷ RODHAM CLINTON, op. cit. p. 89. A través de esta anécdota se puede apreciar cómo el ex Presidente mostraba ya en su juventud unas capacidades retóricas que marcarían su futuro y que, además, le serían de suma utilidad para conquistar a la candidata presidencial a pesar de que, ya desde el comienzo de la relación, mentir se mostró como una actitud adherida a la personalidad de Bill Clinton.

para presentarse a un cargo público. Era habitual escuchar a los estudiantes de la facultad de Yale decir que querían dedicarse a la política, pero desde aquellos primeros años Bill Clinton mostraba una especial determinación por construirse un futuro en el panorama político y había resuelto empezar su carrera en su tierra natal. Pero todavía no había llegado ese momento en la vida del ex Presidente, quien decidió priorizar su incipiente romance con la joven estudiante.

La candidata a la presidencia tenía planes de pasar el verano haciendo prácticas en un bufete de abogados pequeño que estaba ubicado en Oakland, California. Bill Clinton, le dijo que quería acompañarla a California, argumentando que estaba convencido de haber encontrado a la mujer de su vida a la que bajo ningún concepto quería dejar escapar. Ambos empezaron entonces a vivir juntos en un pequeño apartamento en el campus de Berkeley, cerca de la Universidad de California. El ex Presidente ya mostraba entonces unas excepcionales habilidades para la política y la persuasión, pero según él mismo consideró en su decisión, su carrera política podía esperar:

The problem was I no longer wanted to do it. I knew if I went to Florida, Hillary and I might be lost to each other. Though I found the prospect of the campaign exciting, I feared, as I wrote in my diary, that it would simply be «a way of formalizing my aloneness,» letting me deal with people in a good cause but at arm's length. With Hillary there was no arm's length.¹⁸

Al comenzar de nuevo el año académico, ambos regresaron a New Haven y siguieron viviendo juntos, esta vez en unos bajos alquilados que decoraron con muebles de segunda mano. Pero las circunstancias de la vida les separaron temporalmente durante el verano de 1972. La senadora regresó a Washington para trabajar con Marian Wright Edelman una vez más. Su primera responsabilidad consistía en reunir información en contra de la Administración Nixon, para demostrar que estaba concediendo ventajas fiscales a las academias privadas exclusivas para blancos que los racistas crearon en el sur para evitar la mezcla racial de las escuelas públicas. Mientras ella se enfrentaba a este nuevo reto, su novio estaba en Miami trabajando para lograr la nominación de McGovern en la Convención Demócrata que se celebró el 13 de Julio de 1972.

¹⁸ CLINTON, op. cit., p. 184 N. de T. El problema era que yo ya no quería hacerlo. Sabía que si me iba a Florida, Hillary y yo podíamos perdernos el uno al otro. Aunque encontraba la perspectiva de la campaña emocionante, temí, como escribí en mi diario, que simplemente sería «una manera de formalizar mi soledad,» permitiéndome tartar con personas en una buena causa pero con distanciamiento. Con Hillary no existía ese distanciamiento. La decisión del ex Presidente pone de manifiesto su necesidad de compañía y su incapacidad para desenvolverse con seguridad en solitario. De hecho, una de las razones psicológicas que explica las repetidas infidelidades de Bill Clinton es precisamente su necesidad de atención, que predomina sobre los valores morales en la estructura de su personalidad.

Finalizado el verano, a Bill Clinton le ofrecieron trasladarse a Texas para dirigir en ese estado la campaña de McGovern. Sus colaboradores, con los que debía trabajar en una jerarquía de triunvirato, serían el escritor Taylor Branch y el abogado Julius Glickman, de Houston. La ex Primera Dama, en paralelo, recibió una oferta de una antigua conocida de Connecticut, Anne Wexler, para organizar el registro de los votantes también en Texas.

Ese trabajo fue un verdadero reto para ella, pues enseguida pudo descubrir que su imagen de mujer rubia típicamente americana, junto con su absoluto desconocimiento del idioma español, serían dos grandes obstáculos en sus relaciones con la mayoría de votantes hispanos que vivían en el sur de Texas. Para superar las dificultades que se encontró en su intento de conseguir respaldo en ese segmento de la población, Hillary tuvo que buscar apoyo en algunos aliados que encontró principalmente en las universidades y sindicatos, aunque también recibió una gran ayuda de los abogados integrantes de la asociación *South Texas Rural Legal Aid Association*. Estaba predicho que Nixon sería quien ganaría las elecciones, pero aquella fue una gran oportunidad para que tanto ella como Bill Clinton desarrollasen su experiencia en la organización de campañas electorales. Por aquel entonces las clases de otoño en las que ambos estaban matriculados ya habían empezado, pero una vez finalizada su colaboración en la campaña de McGovern y antes de volver a la rutina universitaria, la pareja decidió tomarse sus primeras vacaciones juntos en Zihatanejo, México. Durante esa escapada pudieron reflexionar más relajadamente sobre los errores en la campaña de McGovern: “Bill y yo nos dimos cuenta de que todavía teníamos mucho que aprender sobre el arte de las campañas políticas y sobre el poder de la televisión. Esa carrera electoral de 1972 fue nuestro primer rito de paso político”.¹⁹

Finalmente, en la primavera de 1973, ambos acabaron sus estudios en la Facultad de Derecho de Yale. Bill Clinton llevó entonces a su novia a viajar por Europa, donde visitaron todos los lugares que él había conocido cuando obtuvo la beca Rhodes. Y fue precisamente en Inglaterra, a orillas del lago Ennerdale en el Lake District, donde Bill Clinton le pidió a la candidata presidencial que se casara con él. Pero ella lo rechazó por miedo al compromiso en aquel momento, y siguió rechazándole en todas las ocasiones posteriores en que él le hizo la misma petición. Él, cansado de los sucesivos rechazos, estableció que si la joven quería casarse con él algún día, debía ser ella quien se lo pidiera. Y así sucedería algún tiempo después.

¹⁹ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 102

La madre de Bill Clinton, Virginia Cassidy Blythe Clinton Dwire Kelley, nació y se crió en Arkansas. El ex Presidente nació el 19 de Agosto de 1946, huérfano de padre como consecuencia de un fatal accidente de tráfico. Cuando él contaba cuatro años, su madre volvió a casarse con Roger Clinton, un vendedor de coches alcohólico. El segundo marido de la madre de Bill Clinton se volvió muy violento como consecuencia de su alcoholismo y, a los 15 años, el adolescente tuvo que intervenir para evitar que Roger Clinton siguiera maltratando a su madre y también para proteger a su hermano menor, Roger, que tenía entonces cinco años. Finalmente en 1967, la madre de Bill Clinton enviudó de nuevo cuando Roger Clinton murió devorado por un cáncer. El primer encuentro entre la senadora y su suegra fue impactante para ambas:

In her book, Mother called Hillary a «growth experience». It was a girl with «no makeup, Coke-bottle glasses, and brown hair with no apparent style» versus a woman with hot-pink lipstick, painted-on eye-brows, and a silver stripe in her hair. I got a kick out of watching them try to figure each other out. Over time they did, as Mother came to care less about Hillary's appearance and Hillary came to care more about it.²⁰

Cuando la madre de Bill Clinton se casó en terceras nupcias con Jeff Dwire, la relación entre ambas mujeres comenzó a mejorar progresivamente. Jeff Dwire era dueño de un salón de belleza y colmaba a Virginia Clinton con toda clase de atenciones. Siempre apoyaba a su nuera en los esfuerzos por congeniar con su suegra, y finalmente las dos encontraron ese punto de respeto mutuo que les permitió tener una estrecha relación en los consiguientes años.

La pareja de estudiantes ya había terminado su formación en la Facultad de Derecho de Yale, y llegaba el momento de enfrentarse a sus respectivos futuros profesionales. Bill Clinton volvía finalmente a Arkansas, donde había aceptado un trabajo como profesor en la Facultad de Derecho de la Universidad de Arkansas. La ex Primera Dama, en cambio, iba a trabajar de nuevo con Marian Wright Edelman esta vez en Cambridge, Massachussets, colaborando en el *Children's Defense Fund* (CDF) que se había creado recientemente. Comenzó entonces a vivir sola en un piso alquilado y por

²⁰ CLINTON, op. cit., p. 183 N. de T. En su libro, Madre llamó a Hillary una «experiencia de crecimiento». Era una chica «sin maquillaje, gafas de culo de botella, y un cabello marrón sin estilo aparente» contra una mujer con pintalabios rosa vivo, cejas pintadas, y un mechón plateado en el pelo. Yo disfruté observándolas mientras intentaban entenderse. Con el tiempo lo lograron, a medida que a Madre comenzó a importarle menos la apariencia de Hillary y a Hillary comenzó a importarle más.

El aspecto físico de la ex Primera Dama ha resultado ser uno de los mayores cambios en la proyección de su imagen pública. Pese a que actualmente los detractores de Hillary Clinton siguen atacándola por su estética, lo cierto es que en la evolución de su persona sí se aprecia un verdadero desarrollo en ese campo. La candidata a la presidencia ha aprendido a resaltar sus cualidades y ha terminado por convertirse, para muchas mujeres, en un referente estético típicamente estadounidense.

exigencias de su trabajo tuvo la oportunidad de viajar por todo Estados Unidos conociendo los problemas a los que se enfrentaban los niños y adolescentes. Entre los logros que alcanzó en su etapa trabajando para el CDF se encuentra la Ley para la Educación de los Niños con Minusvalías, que fue aprobada por el Congreso para garantizar que todos los niños con discapacidades físicas, emocionales y de aprendizaje tenían derecho a ser educados en la escuela pública.

En paralelo, mientras desarrollaba su tarea en el CDF, había solicitado su admisión en dos Colegios de Abogados: el de Arkansas y el de Washington. Sólo fue aceptada en el de Arkansas, de manera que la decisión ya estaba tomada. En aquel momento Bill Clinton estaba intentando reclutar a un candidato para competir contra el único congresista republicano de Arkansas, John Paul Hammerschmidt. No había logrado encontrar a ningún demócrata dispuesto a plantarle cara al candidato republicano, que gozaba de mucha popularidad después de haber ocupado el cargo durante cuatro mandatos. Frente a esa situación, el ex Presidente estaba comenzando a plantearse su propia candidatura.

La pareja resolvió reunirse durante las Navidades de 1973 para abordar, entre otros temas, cuál sería el futuro de su relación. Bill Clinton decidió presentar su candidatura para congresista precisamente cuando el escándalo Watergate ya había estallado, considerando que aquella situación dañaría mucho la imagen del Partido Republicano, convirtiendo en vulnerables incluso a los más veteranos congresistas. El Comité Judicial de la Cámara de Representantes ya había seleccionado a la persona que encabezaría el proceso de *impeachment* del presidente Nixon: John Doar. A principios de Enero, mientras los novios estaban sentados en la cocina, sonó el teléfono. John Doar estaba al otro lado de la línea. Había pedido a Burke Marshall, un viejo amigo suyo de la división de derechos civiles del Departamento de Justicia de Kennedy, una lista recomendándole varios jóvenes abogados para solicitar su colaboración en la investigación. Bill Clinton era el primero en la lista y le seguían tres compañeros más de la facultad de Yale, entre los que se encontraba el nombre de la senadora.

Bill Clinton ya había decidido presentarse para congresista y no iba a dar marcha atrás. Pero Hillary sí estaba disponible y John Doar acordó llamarla más adelante para concretar la cuestión. Las condiciones de trabajo que más tarde le ofrecerían no eran las ideales: poco sueldo, muchas horas extras y la asignación de una labor monótona. Pero ella aceptó el puesto de todos modos. Marian Wrigth Edelman comprendió

perfectamente su decisión y la joven abogada pudo partir sin mayor complicación hacia Washington. Tenía entonces 26 años.

En el proceso de *impeachment* trabajaban cuarenta y cuatro abogados. Las oficinas se habían instalado en el hotel Congressional, ubicado al lado de la Cámara de Representantes. Los abogados con mayor experiencia y reconocimiento profesional se encargaban de dirigir las diversas áreas de investigación que John Doar les había asignado, mientras que los abogados jóvenes trabajaban en sus áreas asignadas durante todo el día, realizando tareas de documentación, investigación y transcripción. La candidata a la presidencia se encargó de investigar todos los casos de *impeachment* de la historia de Estados Unidos, trabajando en colaboración con el abogado y profesor Dagmar Hamilton, responsable de realizar la misma investigación pero sobre la historia de Inglaterra. Redactó también, en colaboración con el abogado californiano Joe Woods, un informe que establecía las reglas de procedimiento para el *impeachment* que debían presentarse frente al Comité Judicial de la Cámara de Representantes para su aprobación. Todos estos conocimientos que estaba adquiriendo, aunque ella aún no lo sabía, le serían de extrema utilidad para afrontar las consecuencias políticas del *escándalo Lewinsky*.

Todo el proceso de investigación en el que estaban implicados los cuarenta y cuatro abogados se desarrolló en un clima de máximo hermetismo, sin que se produjera ni una sola filtración de información. Los medios de comunicación apenas conseguían noticias para publicar y la ex Primera Dama, por ser la única mujer abogada que participaba en el proceso, se convirtió temporalmente y por primera vez en foco de la atención mediática.

Un periodista decidió compararla con Jill Wine Volner, la joven abogada que interrogó a la secretaria personal del presidente Nixon. John Doar había puesto especial empeño en mantener el proceso de investigación para el *impeachment* totalmente al margen de los medios y, cuando escuchó el paralelismo que los medios estaban queriendo establecer entre Jill Wine Volner y la senadora, decidió que ésta última debía ser apartada de cualquier manifestación pública en relación al caso.

Finalmente, el equipo de cuarenta y cuatro abogados logró reunir suficientes pruebas de carácter convincente como para respaldar el proceso de *impeachment* del presidente Nixon. Años después, cuando la Administración Clinton hacía frente al caso *Whitewater*, la entonces Primera Dama descubrió la gran utilidad de todos los

conocimientos adquiridos en su investigación para el *impeachment* de Nixon durante una entrevista concedida a la cadena *NPR*. El entrevistador Scott Simon pretendió establecer un paralelismo entre los documentos desaparecidos en el proceso de investigación contra Nixon y unos documentos encontrados inesperadamente durante la investigación del caso *Whitewater*, pero la experiencia permitió a la candidata presidencial defenderse con soltura:

[...] It was a good question, but Hillary's slippery answer was even better. «I think we would have been delighted,» she said. «The problem back then, you'll remember, is that documents were destroyed, tapes were missing – eighteen and a half minutes. The White House was not cooperating. They were claiming privilege in every piece of paper. I think the contrast is so dramatic! We want the truth to get out.»²¹

John Doar presentó la propuesta definitiva que especificaba los cargos contra el presidente el 19 de Julio de 1974. El Comité Judicial de la Cámara de Representantes aprobó tres artículos de *impeachment*: abuso de poder, obstrucción a la justicia, y desacato al Congreso. Como consecuencia, y para evitar el proceso de voto en la Cámara de Representantes y el juicio en el Senado, el presidente Nixon dimitió el 9 de Agosto de 1974.

Para la candidata a la presidencia el trabajo ya se había acabado en Washington. Trabajar en el área de la responsabilidad civil le interesaba, pero sabía que llevaba demasiado tiempo posponiendo una decisión que ya no podía esperar más y decidió que se iría a vivir a Arkansas. El entonces decano de la Facultad de Derecho de Arkansas le ofreció una plaza como profesora de derecho penal y de responsabilidad civil. También le habían asignado los proyectos en un clínico de servicios legales y penales. En este último trabajo, su tarea consistiría en supervisar a los estudiantes que ofrecían asistencia legal a los pobres y a los presos. Y también entre los planes de la abogada estaba ayudar a su futuro marido en el desarrollo de su campaña.

Después del verano, aquel mismo año, murió Jeff Dwire de un inesperado ataque al corazón. Después del funeral, Bill Clinton volvió a dedicarse intensamente al desarrollo de su campaña, y la senadora comenzó a adaptarse progresivamente a su nuevo hogar: “Después de la intensidad de New Haven y de Washington, el ritmo de vida más

²¹ BRENT BOZELL, L. *Whitewash*. Crown Forum, New York, 2007. p. 88 N. de T. [...] Era una buena pregunta, pero la escurridiza respuesta de Hillary fue todavía mejor. «Pienso que habríamos estado encantados,» dijo. «El problema entonces, tú te acordarás, es que los documentos se destruyeron, faltaban cintas – dieciocho minutos y medio. La Casa Blanca no estaba cooperando. Estaban reclamando privilegios sobre cada trozo de papel. ¡Pienso que el contraste es tan dramático! Nosotros queremos que salga la verdad».

lento, la amabilidad y la belleza de Fayetteville eran un antídoto bienvenido”.²² Los meses fueron pasando mientras ella combinaba su labor como docente con el ejercicio de la abogacía.

Según relata en sus memorias, el fiscal del distrito del condado de Washington la llamó en una ocasión para ordenarle que defendiera a un prisionero indigente acusado de violar a una niña de doce años. No se sentía cómoda ejerciendo de abogada en aquel caso, pero no tenía elección. Visitó al acusado en prisión y descubrió que se trataba de un campesino analfabeto, que negaba todos los cargos porque sostenía que todo era una invención de la niña. La senadora logró aportar como prueba el testimonio de un eminente científico de New York, hecho que le permitió negociar con el fiscal en beneficio de su cliente. Esta experiencia la marcó muy profundamente y poco después fundó, en colaboración con su amiga Ann Henry, la primera línea telefónica de apoyo a mujeres violadas en Arkansas.

Por aquel entonces Bill Clinton había ganado las primarias al Congreso. Su campaña obtenía cada vez más influencia, y los republicanos comenzaron a lanzar mensajes en su contra en los medios de comunicación. El año académico ya había finalizado y Hillary aprovechó sus vacaciones como docente para realizar un viaje de introspección a Chicago y por la costa Este. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre lo que deseaba hacer en el futuro. Finalmente contrajo matrimonio con Bill Clinton el 11 de octubre de 1975 en el salón de una pequeña casa que acababan de comprar en Fayetteville. Un pastor metodista local amigo del ex Presidente, el reverendo Vic Nixon, celebró la ceremonia. La hija de los Rodham se convirtió entonces en Hillary Clinton, aunque ella no aceptó renunciar a su apellido de soltera hasta varios años después de haberse celebrado el enlace.

Bill Clinton obtuvo su primera victoria electoral en 1976, convirtiéndose así en el fiscal general del distrito. Ya había ganado las primarias en mayo y por aquel entonces no había ningún oponente republicano. Ese mismo año comenzaba también la carrera entre Jimmy Carter y Gerald Ford por ocupar la Casa Blanca. Los Clinton habían conocido a Jimmy Carter el año anterior, cuando éste envió a dos de sus mejores lugartenientes para ayudar a Bill Clinton en su campaña. Esta ayuda, en el fondo, no fue más que una estrategia para inspeccionar el panorama político de Arkansas ya en

²² RODHAM CLINTON, op. cit., p. 118. Su etapa en Arkansas fue en realidad un entrenamiento que le permitió comenzar a aprender cómo desenvolverse en un papel secundario, a la sombra del poder de Bill Clinton. No tenía la presión de alzarse como protagonista, pero al mismo tiempo nunca siguió los pasos de su madre para renunciar en su esfuerzo de definirse con una carrera profesional propia.

vistas de presentar su candidatura a la presidencia de Estados Unidos. La ex Primera Dama, cuando conoció a Carter, se llevó una impresión ciertamente positiva y vio en él a un candidato fuerte y con posibilidades, con fuerza suficiente como para someterse a la crueldad del escrutinio público irremediablemente asociado al cargo de Presidente. Finalmente, Carter fue elegido candidato demócrata para la Presidencia y los Clinton fueron a New York, a la convención demócrata celebrada en el mes de julio, para acordar con los asesores de Carter su colaboración en la campaña. A Bill Clinton le pidieron que fuera el director de la campaña en Arkansas, y a la candidata presidencial que fuera la coordinadora sobre el terreno en Indiana. Su trabajo consistía entonces en organizar la campaña en cada condado y encontrar personas que quisieran trabajar bajo la supervisión de los coordinadores regionales, generalmente originarios de fuera de Indiana.

Pasadas las elecciones los Clinton se mudaron a Little Rock, lejos de Fayetteville y de la universidad en la que Hillary impartía sus clases. Una vez más, se encontró preguntándose cuál sería su siguiente paso profesional. Consideró presentarse para un cargo público, pero desechó la idea. Su marido era el fiscal general y eso establecía que si ella ocupase un cargo público se crearían a menudo conflictos de intereses. Así que decidió entrar a trabajar en un bufete de abogados privado que, además de ampliar su experiencia profesional, también le permitiría ayudar en la compleja situación financiera que el matrimonio tenía por aquel entonces. El bufete más prestigioso de Arkansas era entonces el bufete Rose, que se caracterizaba también por ser el más antiguo de su zona. Su amigo Vince Foster era uno de los socios del bufete. Al saber de su interés por trabajar como abogada para un bufete privado, Foster le ofreció que se uniera al bufete Rose. Así la senadora se convirtió en la primera mujer socia del bufete Rose y trabajó con los abogados Vince Foster y Webster Hubbell en el Departamento de Litigios, que estaba entonces dirigido por el abogado Phil Carroll. Mientras desempeñaba su labor en el bufete Rose, tuvo la oportunidad de enfrentarse sola a su primer juicio con jurado. También pudo seguir trabajando en el área de defensa de los derechos de los niños, que ya le había interesado desde su etapa de formación académica.

A raíz de las experiencias que fue adquiriendo como abogada en este campo, la ex Primera Dama junto con la doctora Bettye Caldwell, profesora de desarrollo infantil de la Universidad de Arkansas, fundó la Asociación por la Defensa de los Niños y las Familias, que todavía hoy sigue en activo. Además, su etapa en Arkansas le ayudó a

comprender mejor qué se esperaba de la esposa de un hombre que ocupaba un cargo público.

A raíz del caso concreto de Barbara Pryor, comenzó a presenciarse como la imagen de la mujer podía convertirse en un foco vivo de críticas negativas. Barbara Pryor era la esposa del gobernador electo David Pryor, y cuando en el año 1974 ella se hizo una permanente con el pelo muy corto, su cambio de imagen levantó una oleada de críticas. Hillary, todavía sin los conocimientos sobre la importancia de la imagen que adquiriría en los años posteriores, se quedó muy sorprendida ante la situación: “A mí me caía bien Barbara y pensé que todo aquel revuelo público por causa de su pelo era absurdo. (¡Qué poco sabía yo entonces!)”.²³ Más tarde la vida pondría a Hillary Clinton en el punto de mira de la opinión pública y, entonces, ella comprendería que un corte de pelo sí puede convertirse en un polémico tema de debate en el panorama mediático.

2.1. Arkansas, el huerto del Presidente

Bill Clinton fue elegido gobernador de Arkansas en el año 1978 y su esposa se convirtió en socia del bufete Rose en el año 1979. Durante los dos años de mandato de su marido y bajo petición explícita de éste, la senadora también presidió en varias ocasiones las reuniones del Comité Asesor de Sanidad Rural. Estas actividades las compaginaba con su vocación por defender los derechos de los niños, tarea que siguió desarrollando en colaboración con Marian Wright Edelman durante varios años. En paralelo, siguió desarrollando su incipiente carrera política trabajando para el presidente Carter en la Junta de la Corporación de Servicios Legales, que estaba dentro de un programa federal sin ánimo de lucro que ofrecía asistencia letrada a los que carecían de medios para pagársela. Gracias a la buena etapa que atravesaba el matrimonio, decidieron que había llegado la hora de ampliar la familia. La hija única de la pareja, Chelsea Victoria Clinton, nació el 27 de Febrero de 1980 por cesárea. En aquella época los hombres no podían entrar al quirófano con sus esposas para acompañarlas durante la operación, pero Bill Clinton logró ser una excepción que sentó un precedente para el futuro, puesto que poco después del nacimiento de Chelsea la política cambió para permitir a los padres estar presentes durante las intervenciones de cesárea:

I was told that hospital policy did not permit fathers in the delivery room when an operation was necessary. I pleaded with the hospital administrator to let me go in, saying

²³ RODHAM CLINTON, op. cit. p. 133

*that I had been to surgeries with Mother [...] whereas Hillary was on edge, because she had never been a hospital patient in her entire life and she needed me there.*²⁴

El nombre Chelsea se le ocurrió al matrimonio Clinton durante unas vacaciones por Europa en el año 1978, mientras paseaban por el barrio de Chelsea en Londres. La ex Primera Dama no había logrado, pese a sus esfuerzos durante el tiempo de embarazo, que el bufete Rose adoptase un plan oficial de maternidad. Le dieron libertad para ausentarse durante cuatro meses sin dejar de percibir el sueldo base que le correspondía como socia, pero fue a raíz de aquella experiencia que el matrimonio Clinton se convenció de la necesidad de garantizar una baja por maternidad y guardería para todos los niños. Y precisamente como consecuencia de esta experiencia, la esposa de Bill Clinton se sintió especialmente satisfecha cuando la primera ley que él firmó como presidente fue la Ley sobre las Bajas Familiares y Médicas.

Considerando la expansión que estaban experimentando a finales de los setenta los mercados de futuros, la candidata a la presidencia decidió invertir mil dólares aconsejada por su amigo Jim Blair. Ganó dinero y cuando su hija nació se retiró con sus ganancias. Esa inversión fue cuestionada en diversas ocasiones durante la presidencia de Bill Clinton, pero no generó ninguna investigación oficial. Sin embargo, una inversión posterior sí dio lugar a un proceso de escrutinio que se alargó durante todo el mandato de Bill Clinton como Presidente, conocido como el *caso Whitewater*.

La senadora y su marido entraron a formar parte, en el año 1978, de una asociación creada por un matrimonio amigo suyo: Jim y Susan McDougal. A través de la recién creada sociedad Whitewater Development Company Inc., compraron un terreno al norte de Arkansas en el que construyeron diversas propiedades con la intención de venderlas como segunda residencia cuando subiese su valor en el mercado. Pero cuando llegó el momento de comenzar a vender, los tipos de interés habían experimentado una subida drástica y el mercado se había paralizado. La única alternativa para no perder el dinero era mantener las propiedades, con la esperanza de que la economía se recuperase. Durante los años que siguieron a esa decisión, el matrimonio Clinton envió en varias

²⁴ CLINTON, op. cit., p. 273 N. de T. Me dijeron que la política del hospital no permitía que los padres estuvieran en la sala de partos cuando era necesaria una operación. Rogué al Director del hospital para que me dejara entrar, diciendo que había estado en cirugías con Madre [...] mientras que Hillary estaba nerviosa, porque ella nunca había sido una paciente de hospital en toda su vida y me necesitaba ahí dentro.

El ex Presidente no dudó en utilizar su poder para satisfacer sus intereses personales, una actitud que repetiría habitualmente durante su carrera política. Y en esta ocasión, como en muchas otras, Hillary Clinton consideró que si los deseos de su marido y los de ella confluían, no había ningún motivo moral por el que ella debiera instarle a mantenerse en el plano de lo establecido por las normas.

ocasiones dinero a su amigo Jim, pero más tarde se demostró que los McDougal habían estado empleando ese dinero para financiar negocios turbios y, lógicamente, el matrimonio Clinton tuvo que sufrir las consecuencias de su pasividad empresarial en aquel negocio. De hecho, el caso *Whitewater* está considerado por algunos analistas políticos como el primer escándalo mediático que la candidata a la presidencia tuvo que enfrentar en su vida pública:

*This was the first Clinton scandal that directly challenged Hillary's professional ethics. [...] She and her staff must have realized that an attack on the Times would only keep the story alive. As it was, the rest of the media's reaction was comatose. The day the New York Times story broke, ABC ran a short story, CBS aired only a brief anchor mention, and NBC reported nothing.*²⁵

Bill Clinton volvió a presentarse para gobernador al finalizar su mandato en el año 1980, pero esta vez perdió por dos motivos principales. En primer lugar su contrincante, Monroe Schwarzlose, logró potenciar el sentimiento de que Bill Clinton había perdido contacto con la realidad de la gente de Arkansas. Y luego vino el incidente de los cubanos, que fue el golpe final que apartó a Bill Clinton de su reelección. Cientos de refugiados cubanos detenidos fueron enviados durante el año 1980 a Fort Chafee, Arkansas. Finalmente éstos se amotinaron en el mes de Mayo y lograron escapar en dirección al cercano pueblo de Fort Smith. Los disturbios en la zona se sucedían constantemente y Bill Clinton logró finalmente que el presidente Carter se comprometiera a no enviar más cubanos a Arkansas. Pero cuando se cerraron los centros de Wisconsin y Pennsylvania, más refugiados cubanos llegaron a la zona. El adversario político de Bill Clinton aprovechó esta situación para reafirmarse en la idea de que el gobernador había perdido el contacto con el pueblo por estar más pendiente de los deseos del presidente Carter que de los de sus propios votantes. Y éstos, castigaron a Bill Clinton en las urnas y finalmente entregaron el cargo a Frank White. Pero el ex Presidente no iba a rendirse tan fácilmente y, el mismo día en que perdió las elecciones, comenzó a elocubrar en su cabeza sobre cuál sería la mejor estrategia para recuperar el cargo.

²⁵ BRENT BOZELL, op. cit., p. 29 N. de T. Este fue el primer escándalo de los Clinton que cuestionó directamente la ética profesional de Hillary. [...] Ella y su equipo debieron darse cuenta de que un ataque a *Times* sólo mantendría la historia viva. Tal y como estaba, la reacción del resto de los medios era comatosa. El día que *The New York Times* publicó la historia, *ABC* publicó un artículo corto, *CBS* emitió sólo una breve mención, y *NBC* no informó de nada al respecto.

El autor defiende aquí la hipótesis de que los medios de comunicación estadounidenses mostraron cierta voluntad por proteger la imagen del matrimonio Clinton en el *escándalo Whitewater*. Sin embargo, tanto en esta ocasión como durante el *escándalo Lewinsky*, los medios de comunicación fueron escuetos en las primeras noticias más por prudencia que por favoritismo, tal y como más adelante se demostraría a raíz del intenso escrutinio público al que fue sometida la Administración.

Tanto los dos años que la senadora vivió como esposa del gobernador, como los años que seguirían a la primera derrota electoral de Bill Clinton, fueron una lección constante para la ex Primera Dama. Después de la derrota de su esposo tuvo que ceder a las presiones para renunciar a su apellido de soltera y aceptar formalmente el de su marido, un cambio al que ella se había resistido durante años pero que resultó ser una estrategia política formidable:

Hillary decided it was time for drastic action. In another ideological concession to the political ambitions she harbored for her husband, she decided to add the name Clinton to Hillary Rodham. [...] Armed with her new name and able to spend more time on her husband's comeback, Hillary helped Bill regain the governor's mansion in 1982.²⁶

Hillary comenzaba a comprender cómo sus propias decisiones podían afectar directamente el futuro político de su esposo. De hecho, resulta más que simbólico que la senadora decidiera cambiar su nombre precisamente el mismo día en que el ex Presidente anunciaba de nuevo su candidatura para el cargo. Bill Clinton ganó sus segundas elecciones para gobernador de Arkansas en el año 1982.

Durante el primer mandato, su esposa se había encargado de liderar la reforma sanitaria en Arkansas y, durante el segundo mandato de su marido, se convirtió una vez más en la líder de otro proceso de reforma. Esta vez fue nombrada presidenta del Comité de Estándares Educativos, cuya misión principal era reformar completamente el sistema educativo de Arkansas con el objetivo de elevar el nivel de la enseñanza en el estado. La propuesta fue mal recibida tanto por el ciudadano medio, que veía como se encarecían los pagos al estado, como por los maestros, que temían por su estabilidad laboral. Pero progresivamente, la personalidad de la candidata a la presidencia se iba curtiendo para lo que estaba por llegar: "Constantemente, yo me recordaba a mí misma que me estaban insultando no por quién era, sino por lo que representaba"²⁷ Y precisamente sería esta forma de entender las críticas la que ella intentaría mantener durante la carrera presidencial y sus difíciles años en la Casa Blanca.

²⁶ SAMMON, op. cit., p. 51 N. de T. Hillary decidió que era momento para una acción drástica. En otra concesión ideológica en favor de las ambiciones políticas que albergaba para su marido, decidió añadir el apellido Clinton a Hillary Rodham. [...] Armada con su nuevo nombre y capaz de dedicar más tiempo en el regreso de su marido, Hillary ayudó a Bill para volver a ganar la mansión del gobernador en 1982.

²⁷ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 152. Se refleja en esta forma de entender las críticas la influencia de su madre durante la niñez y la adolescencia. Hillary Clinton se ha resistido durante toda su carrera política a afrontar los ataques de sus adversarios como acusaciones personales. Esta actitud no ha hecho más que reforzar su autopercepción como símbolo político por el que necesariamente debe pasar el cambio de Estados Unidos hacia una sociedad del futuro basada, entre otros valores, en la igualdad de sexos.

El proyecto de reforma finalmente progresó y los maestros se sintieron compensados al lograr el aumento de sueldo que venían reclamando desde hacía algún tiempo. Y tan exitosa fue esa etapa de los Clinton a nivel profesional, como catastrófica en el terreno de lo personal. Bill Clinton supo en el año 1983 que su hermano Roger estaba siendo vigilado por la policía estatal por tráfico de cocaína y era inevitable que tarde o temprano acabase en la cárcel. El objetivo de la policía era identificar al gran proveedor, y para ello debían seguir observando a Roger que, dado el curso de las circunstancias, seguiría acumulando cargos en su contra.

Pero pese a su dramática situación personal, el ex Presidente seguía llevando su carrera profesional en dirección a la Casa Blanca. Consideró ya en el año 1988, motivado por algunos líderes del Partido Demócrata, presentarse a las elecciones para Presidente de los Estados Unidos. Su rival sería George H. W. Bush. Sin embargo, y pese al deseo de presentarse que ya le invadía entonces, Bill Clinton decidió esperar al ser reelegido gobernador de Arkansas en el año 1986.

Dos años después, en 1988, Bill Clinton decidió no presentarse de nuevo a las elecciones para gobernador y después, en el año 1990, volvió a ser el candidato ganador y por tanto gobernador de Arkansas. Ese año las presiones para que presentara su candidatura a la presidencia habían crecido considerablemente. Parecía que George H. W. Bush, pese a la popularidad que le había dado la recién terminada Guerra del Golfo, estaba perdiendo apoyo. Y Bill Clinton decidió correr el riesgo: se presentaría como candidato para la presidencia de los Estados Unidos.

3. Parecía más grande por fuera

El día en que Hillary Clinton entró por primera vez a la Casa Blanca para convertirla en su nuevo hogar, comenzó también el proceso de iconización que la llevaría a convertirse en la primera mujer candidata a la presidencia de los Estados Unidos. Se había convertido en la Primera Dama en un país que se autoconsideraba ya entonces la primera potencia mundial.

Otras hubo que la precedieron y desde siempre el pueblo estadounidense ha querido ver en su primera dama una referencia, un ejemplo de lo que debe ser una mujer en el contexto de su tiempo. Eleanor Roosevelt era percibida como una luchadora y Jacqueline Kennedy simbolizó, desde su aparición en la conciencia colectiva de los

norteamericanos, el nacimiento del *glamour* elegante que ya no se encuentra en la prensa llamada del corazón.

La nueva Primera Dama también necesitaba una simbología propia que, como en los casos anteriores, sólo podía nacer de una manifestación estudiada de las inquietudes personales, condicionada por su puesto por la percepción subjetiva de la sociedad en tanto que opinión pública. Sus ideas marcadamente sociales, especialmente centradas en la defensa de los derechos de niños y mujeres, muy pronto comenzaron a manifestarse frente a los ojos de los ciudadanos. Hillary Clinton inició su partida con la opinión pública apostando fuerte. Pasó rápidamente de ser sólo la Primera Dama a ser la mujer que estaría al frente de la reforma sanitaria de un país con un largo y conflictivo historial en ese campo.

Estados Unidos necesitaba, y sigue necesitando, una reforma profunda del sistema sanitario. La administración Clinton, al igual que hicieron algunas de sus predecesoras, fue valiente. Pero el impulso y el deseo de cambio hizo que éste se precipitara sin equilibrio. Y aunque se lograron algunos cambios, la campaña de la oposición fue lo suficientemente negativa y persuasiva como para empezar a gestar lo que aún hoy pervive como una fuerte oposición de percepciones con respecto a Hillary Clinton. Ya entonces, el equipo comenzaba a tomar posiciones.

Después de lo que se consideró un fracaso en el intento de reforma, la Primera Dama comenzó a tomar conciencia de lo difícil que era desempeñar el papel al que su marido la había condicionado. Pero también por esa época empezaba ella a encontrar en su interior la motivación que la tenía que mantener fuerte en su lucha por desempeñar su papel. Las demás mujeres del mundo se merecían que ella soportase todas las presiones para luchar por los derechos de la comunidad femenina. Y es que no sólo ella se alzó a sí misma como representante de un feminismo postmoderno, sino que también muchos medios de comunicación contribuyeron a alimentar sus motivaciones feministas entornándola como un referente social en la lucha por los derechos de la mujer:

It ought to be framed [en referencia a un artículo aparecido en la revista Time] because it demolishes, utterly vaporizes, the notion of an objective press capable of distancing itself from the altar of St. Hillary: «As the icon of American womanhood, she is the medium through which the remaining anxieties over feminism are being played out. [...] Perhaps in addition to the other items on her agenda, Hillary Rodham Clinton will define for

*women that magical spot where the important work of the world and love and children and an inner life all come together».*²⁸

Después de descubrir que sus planes sobre reforma sanitaria no daban los frutos esperados, Hillary Clinton decidió reorientar su campo de acción y hacer un cambio de rumbo en la temática de sus discursos. Entendía que su papel era esencialmente secundario pero en un punto se resistía a aceptarlo. Ella había crecido educada en la convicción de que las mujeres deben tener su propio trabajo labrado con los éxitos y el esfuerzo de la perseverancia. Pero en ese momento de su vida esos ideales de independencia se veían truncados no sólo por la realidad de su día a día sino también por ese rol que la conciencia colectiva le imponía como condición para el mantenimiento de su credibilidad.

Progresivamente fue comprendiendo que el papel de Primera Dama, con un poder indirecto, es esencialmente simbólico y la aceptación de esta realidad fue uno de los determinantes para que ella empezara a concentrarse en temas más manejables, como la política interior o las relaciones diplomáticas. Durante el periodo en que se trabajó por la reforma sanitaria fue la senadora quien puso un rostro a la voluntad de cambio, y cuando éste fracasó también fue ella la primera acusada. Algunas mujeres comenzaban a verla ya como un modelo de liderazgo femenino, mientras en las filas de los republicanos crecía el rechazo por ser considerada lo contrario a lo que se espera desde la perspectiva conservadora que debe ser una Primera Dama.

Mientras toda esta división de opiniones iba forjándose a su alrededor, también en el interior de la futura senadora por New York empezaban a crecer los deseos de salir de la reserva para convertirse en titular. De hecho, no parece una coincidencia que la ex Primera Dama terminara por convertirse en senadora por la Gran Manzana. Jean Baudrillard, en su libro *América*, ofrece una intensa descripción de la esencia que subyace en la ciudad de los rascacielos. No sólo sorprende en ella que haya alcanzado en cincuenta años la belleza que otras ciudades tardan siglos en poseer, como afirma el

²⁸ BRENT BOZELL, op. cit., p. 55 N. de T. Debería ser enmarcado [en referencia a un artículo aparecido en la revista *Time*] porque destruye, evapora completamente, la idea de una prensa objetiva capaz de distanciarse del altar de Santa Hillary: «Como icono de las mujeres americanas, ella es el medio a través del cuál se están expresando las restantes ansiedades sobre el feminismo. [...] Tal vez adicionalmente a todos los otros asuntos en su agenda, Hillary Rodham Clinton definirá para las mujeres ese mágico lugar donde el importante trabajo del mundo y del amor y de los niños y de la vida interior, todos se reúnen».

La imagen pública de la candidata presidencial está basada en su definición como símbolo que encarna la culminación del *sueño americano*. En este sentido y especialmente para las mujeres con inquietudes feministas, Hillary Clinton sí es hasta cierto punto una *enviada* que modernizará todos esos valores estadounidenses que todavía se muestran incoherentes con la definición de progreso occidental que la poderosa nación promulga en sus relaciones exteriores.

autor. New York también emana una soledad que impregna el ambiente viciado de estrés social:

Aquí el número de gente que piensa sola, que canta sola, que come y habla sola por las calles es pavoroso. Sin embargo, no se aúnan. [...] Pero hay cierta soledad que no se parece a ninguna. La del hombre que prepara públicamente su almuerzo sobre un muro, sobre la capota de un coche o a lo largo de una verja, solo.²⁹

Hillary Clinton entró en la Casa Blanca siendo una mujer independiente y poco a poco se fue convirtiendo en una mujer solitaria. Renunció forzosamente a su autosuficiencia y no quiso perder sus ideales de independencia durante mucho tiempo, pero no pudo luchar indefinidamente contra el aislamiento del poder. Y tuvo que cambiar. Pero aún le quedaba una puerta abierta para alcanzar protagonismo propio en la escena pública: su futuro.

Mucho se ha especulado sobre si la candidata a la presidencia empleó la popularidad de su marido para crearse una imagen pública que respondiese a un plan futuro para llevar su nombre hasta la presidencia. Ella sabía que quería recuperar su independencia y reivindicar su *yo* frente al *nosotros* al que se había tenido que adaptar. En una ocasión, durante un viaje oficial a la India, una mujer casada le preguntó si ganaba su propio dinero. Ella tuvo que admitir que dependía completamente de su marido pero se apresuró a añadir que tenía previsto volver a ganar su propio dinero. Y resultó que para cuando Bill Clinton terminó su segundo mandato, la Primera Dama ya sólo sabía ejercer la que había sido su profesión en los últimos ocho años: la política.

Hasta un punto determinado en su evolución personal durante el primer mandato, ella mantenía la creencia de que la política debía emplearse como defensa de ideales. Esta es, en cierto modo, la perspectiva de todo el que no ha sido personaje político pero mantiene una inquietud social motivada por la creencia en el cambio. Hillary Clinton ya opinaba en su etapa de formación que la política podía ser una herramienta de cambio social y que no toda transformación debía nacer desde abajo para alcanzar el éxito. Lo creía cuando joven y lo siguió considerando cierto durante el inicio de su etapa como Primera Dama. Pero la realidad política norteamericana dista mucho de ser un escenario donde la utopía del cambio es la motivación de las decisiones. Por el

²⁹ BAUDRILLARD, Jean. *América. Crónicas*. Editorial Anagrama, Barcelona, 1997. p. 27. De entre todas las ciudades de Estados Unidos, es precisamente New York la que presenta una personalidad más afín a Hillary Clinton. Y también, indirectamente, ha sido el escenario ideal para el lanzamiento de la candidatura de la ex Primera Dama gracias a la proyección internacional y el afán de modernidad que caracterizan a esta gran urbe.

contrario, el gobierno que rige el país donde el sueño adquirió nombre propio carece en su esencia de la capacidad de soñar en tanto que desear algo mejor. Todas las administraciones que han pasado por la Casa Blanca se han encontrado, con alegría o frustración, una gran tela de araña donde los intereses opuestos se convierten en la justificación de una corrupción más moral que material en muchos casos.

La sociedad norteamericana está construida sobre la ausencia de pasado en el sentido más europeo del término y el individualismo se vislumbra en todas las esferas de la vida pública. En ciudades como New York, tan íntimamente relacionada con Hillary Clinton, la sociedad entiende la vida como una carrera donde lo importante ya no es la victoria en sí, sino la necesidad de demostrar la propia capacidad para llegar hasta el final.

Realmente, la voragine en la que vive la ciudad de los rascacielos es en cierto modo, un paradigma de como el sueño americano no es una meta sino un camino sobre el que todos deben correr y competir. No por ver quién alcanza antes el sueño nacional, sino por ver quién resiste más la frenética búsqueda. Una búsqueda hasta cierto punto paradójica, puesto que el sueño americano que todos quieren alcanzar es verdaderamente una realidad que la sociedad vive como invisible en el presente. Los idealistas creen que el sueño americano es realizable. Los políticos en realidad saben que ya están viviendo ese sueño, pero lo utilizan intencionadamente como motivación nacional para los ciudadanos. La futura senadora por New York también descubrió esa estrategia un día. Y se enfrentó a esa realidad que las personas se encuentran cuando confrontan aquello que querían ser y aquello en lo que se han convertido. En el caso de la ex Primera Dama, la situación se afrontó de la forma más estratégica posible: justificando el cambio. Ella afirma en sus memorias que se dio cuenta de que había cruzado la línea que separa a una persona que defiende sus ideales de una persona que trabaja en política profesional. Y así razonaba la mutación de la motivación:

En política jamás deben hacerse concesiones sobre los principios o los valores que uno defiende, pero las estrategias tácticas deben ser lo suficientemente flexibles como para hacer posible el avance, especialmente bajo las condiciones políticas extremadamente complicadas en las que nos movíamos.³⁰

³⁰ RODHAM CLINTON, op. cit., p. 546. Resulta significativa la retórica empleada, tan distante ya de aquel idealismo que caracterizó su primer discurso público. Pese a la estructura lógica del razonamiento, no deben pasar inadvertidos ni el tono de justificación ni la valoración que desvincula la flexibilidad en las estrategias tácticas de los principios y los valores. Una desvinculación comprensible pero dudosa si se considera que las estrategias políticas deberían estar al servicio de los principios o valores y no a la inversa.

Probablemente el día en que la senadora integró ese cambio fue precisamente cuando su vida y el futuro político de Estados Unidos se unieron para no separarse, por lo menos, hasta la fecha. Y una vez la aceptación estaba asentada, llegaba el momento de empezar a poner en práctica la nueva estrategia de comunicación. El fracaso de la reforma sanitaria pesaba y la Primera Dama debía ser prudente. No quería más malinterpretaciones mediáticas, especialmente en un panorama de medios orientados mayoritariamente hacia el apoyo a los conservadores. La estrategia era clara, pero no por ello menos arriesgada. Hillary Clinton necesitaba expresarse sin intermediarios.

Aunque la idea en esencia resultase un poco utópica en una sociedad donde los medios constituyen mensajes en sí mismos, sí existía la posibilidad de elegir el medio que permitiese a la Primera Dama en apuros expresarse con mayor libertad y control de contenidos.

El desarrollo tecnológico se basa entre otros principios en el desarrollo, la superación. Constantemente aparecen en el mercado productos con mayores prestaciones tecnológicas que superan a los modelos anteriores. Que la tecnología supere a la tecnología no es algo inquietante. Pero en ocasiones, la tecnología supera a la realidad experimentada. Y en esa superación se basa fundamentalmente la televisión como hoy la concebimos y utilizamos. Resulta razonable aceptar que hay realidades que no podemos vivir en primera persona, premisa cierta en tanto que no podemos coexistir simultáneamente en dos tiempos y espacios paralelos. Sin embargo, la televisión nos ha dado esa omnipresencia. No sólo podemos experimentar una realidad ajena mientras existimos en la propia, sino que también podemos viajar al pasado para revivir visualmente realidades ya conocidas. Y precisamente en esa omnipresencia reside el poder que la televisión nos ofrece. Pero también el que ejerce indiferente sobre nosotros.

En los Estados Unidos ese poder está más presente que en ninguna otra parte. Las cadenas de televisión programan realidades que los norteamericanos, atrapados en la inmensidad de su magnitud territorial, no pueden conocer por la experiencia y que muy a menudo se distorsionan hasta la manipulación. En el libro *América* aparece una apropiada descripción sobre la televisión como avance tecnológico:

No hay nada tan misterioso como una tele funcionando en una habitación vacía, es mucho más extraño que un hombre hablando a las olas o una mujer soñando delante de sus cacerolas. Se diría que te habla de otro planeta. De repente la tele se revela como

lo que es: un vídeo de otro mundo que en el fondo no se dirige a nadie y ofrece indiferentemente sus imágenes, indiferente incluso a sus propios mensajes (no cuesta trabajo imaginársela funcionando después de la desaparición del hombre.³¹

Hillary Clinton había experimentado en primera persona la manipulación de la televisión y sabía perfectamente que esa no debía ser la manera elegida de hablarle al pueblo. Desde 1935 hasta 1962, Eleanor Roosevelt escribió una columna titulada *Mi día* que se publicaba seis días a la semana. Y siguiendo su ejemplo, la Primera Dama comenzó a escribir una columna semanal que se titulaba “Hablándolo”. Esa fue para ella la oportunidad perfecta de hablarle directamente a los ciudadanos que querían leerla.

Enmarcado en las ideas de independencia femenina en que se educó la futura senadora por New York, resulta en cierto modo irónico el hecho de que, de la noche a la mañana, se convirtiese en una mujer que tenía voz pública únicamente por estar casada con el hombre de norteamérica. Pero ella supo aprovechar esa oportunidad social, creándose una voz propia decididamente fuerte y carismática. Aunque fue un duro proceso de evolución durante el primer mandato, Hillary Clinton no sólo terminó por comprender su papel profundamente simbólico sino que también llegó a entenderlo como una estrategia potencial adherida a su personalidad.

She was instead to confine herself mainly to noncontroversial public initiatives: supporting historic preservation, holding conferences on children, promoting women's health programs. [...] She rarely mentioned Bill in these speeches on female empowerment, which allowed her to finesse the obvious truth that she owed her influential position to her husband. [...] Yet Hillary's sub-rosa influence over the Clinton Administration remained strong.³²

Convertirse en una mujer fuerte dentro y fuera resultó ser una de esas estrategias que la fortalecerían permitiendo, en cierto modo, que su actual carrera política naciese. Precisamente necesitaría mucha de esa fortaleza durante el segundo mandato de su marido, famoso por bailar la Macarena entre otras proezas.

Para Hillary Clinton la segunda etapa en la Casa Blanca sería más dura que la primera, pero ella también la afrontaba con más experiencia. Ya conocía los recovecos de la

³¹ BAUDRILLARD, op. cit., p. 72

³² BEDELL SMITH, Sally. *For love of politics*. Random House, New York, 2007. p. 263 N. de T. Ella iba a limitarse en cambio a iniciativas públicas principalmente no polémicas: apoyando la preservación histórica, ofreciendo conferencias sobre los niños, promoviendo programas de salud para mujeres. [...] Rara vez mencionaba a Bill en estos discursos sobre el fortalecimiento femenino, hecho que le permitía minimizar la obvia realidad de que debía su influyente posición a su marido. [...] Pero la subyacente influencia de Hillary en la Administración Clinton se mantuvo fuerte.

tela en que se teje el entramado político norteamericano y se había acostumbrado a todas las incomodidades que le hacen la vida más cómoda a la familia del Presidente. El personal de la Mansión Presidencial llevaba en su mayoría toda la vida trabajando allí y sabían cómo hacer que la nueva familia se sintiera en casa porque, en esencia, ellos eran la casa. A la Primera Dama le costó acostumbrarse y justo cuando comenzaba a desenvolverse, le llegó la oportunidad de prolongarse durante cuatro años más en su *simbólico rol*.

El vivir algo por segunda vez puede sentirse como una repetición que desencanta, y en cierto modo para Hillary Clinton la segunda investidura de su marido como Presidente resultó cuanto menos no tan emocionante como la primera. Aunque ya no tenía la ilusión de la primeriza, ella sabía que estaba mucho más curtida para afrontar un nuevo episodio en su vida: “*Looking back on her state of mind at the time, she revealingly said she had become «like steel tempered in fire: a bit harder at the edges, but more durable, more flexible.»*”³³ Bill Clinton también se había curtido tremendamente y las presiones, lejos de acabar con su carisma, le habían dotado de una solemnidad que le concedía credibilidad y aplomo. El matrimonio presidencial estaba preparado para comenzar esa nueva etapa y no tardaron en enfrentarse con otro escándalo que quería sacudir sus carreras: el caso Jones contra Clinton.

Paula Jones quería denunciar a Bill Clinton por acoso sexual. La noticia no era nueva, pero se comenzaban a suceder los acontecimientos y el tema era una vez más de máxima actualidad. El abogado de Bill Clinton para el caso Jones, Bob Bennett, declaró delante del Tribunal Supremo e intentó defender que un presidente no debe ser obligado a responder a demandas civiles durante su mandato. El argumento defendía que si la demanda civil contra el Presidente seguía adelante sentaría un precedente negativo que promovería más demandas civiles estratégicamente interpuestas por enemigos políticos y personas en busca de notoriedad pública. Una situación de este tipo, argumentaba Bennett, entorpecería la capacidad del Presidente para cumplir con sus obligaciones.

El abogado había preparado exhaustivamente el argumentario para convencer a los nueve jueces a los que se enfrentaba, pero finalmente el 27 de Mayo de 1997 el Tribunal Supremo decidió que el principio de privilegio del presidente no era aplicable

³³ BEDELL SMITH, *ibid.* N. de T. Reflexionando sobre su estado de ánimo en aquella época, ella reveladoramente dijo que se había transformado «como el acero templado al fuego: más duro en los bordes pero más resistente, más flexible».

en el caso de demandas civiles y que, por tanto, el caso Jones contra Clinton seguiría hasta los tribunales. La Primera Dama comenzó a vivir entonces, sin saberlo, un entrenamiento personal que la tendría que preparar para el verdadero escándalo de su vida: *el caso Lewinsky*.

Pronto comenzaron a aparecer las especulaciones sobre la situación interna que atravesaba el matrimonio Clinton y una de las hipótesis más barajadas, entre una opinión pública magistralmente orquestada por los medios de comunicación, era que la pareja sólo se mantenía unida por una cuestión de imagen. Durante unas vacaciones que pasaron en las Islas Vírgenes, un fotógrafo escondido entre los matorrales le hizo una foto al matrimonio Clinton mientras bailaban abrazados a orillas del mar. El fotógrafo, que trabajaba para la agencia France-Press, divulgó las fotos y pronto se abrió el más que conocido debate sobre los límites entre la intimidad y la vida pública. Algunos medios se apresuraron en afirmar que aquella foto había sido encargada por el Presidente y la Primera Dama para que sirviera como demostración de su unión.

A Hillary Clinton le molestaba que los medios afirmaran que aquello era un montaje para salvar la imagen pública de la pareja, tan afectada por el escándalo del caso Jones. El Presidente, por el contrario, no se sentía indignado por la situación sino más bien todo lo contrario. La foto le agradó y desde la perspectiva se puede considerar que aunque tal vez no fuera un montaje premeditado, la fotografía sí resultaba tremendamente conveniente para un Presidente que ya había conocido por aquella época a la todavía anónima Monica Lewinsky. Sin embargo, el prestigioso analista político Joe Klein considera que el matrimonio era consciente de que aquella fotografía se estaba tomando y resultaba conveniente, aunque no por ello era necesariamente falsa la actitud que los protagonistas mostraban:

Sin duda, ellos eran conscientes de la presencia de las cámaras, aunque los fotógrafos estuvieran lejos y escondidos –la inevitable queja de la Casa Blanca sobre la invasión de su intimidad era absurda–, y probablemente sabían que la imagen podría servir como un leve antídoto al bochorno provocado por la demanda de Jones. Pero tampoco es imposible, y menos aún contradictorio, que los Clinton estuvieran muy enamorados en ese momento.³⁴

³⁴ KLEIN, Joe. *Bill Clinton*. Una presidencia incomprendida. Tusquets Editores, Barcelona, 2004. p. 139-140. Se produce en este caso, tal y como razona el autor, una reducción de la complejidad de la humanidad de la candidata política. La evolución de Hillary Clinton ha estado condicionada siempre por su capacidad para despertar sentimientos radicalmente opuestos en la opinión pública. En consecuencia, tanto los que la idealizan como los que la demonizan, olvidan con frecuencia que la contradicción está en la raíz misma de la naturaleza humana y que no necesariamente es sinónimo de incoherencia.

El matrimonio Clinton, en lo que se refiere a su imagen pública, siempre había transmitido un mensaje que los medios han querido mostrar como contradictorio frente a la opinión pública. No importaba qué escándalo estuviesen afrontando en ese momento, ellos siempre se mostraban unidos y compenetrados. Sin embargo, también eran más que conocidos la tendencia a la infidelidad del Presidente y otros de sus malos hábitos, como su adoración por la comida basura. Paula Jones no era la primera relación extramatrimonial que se le atribuía al ex-Gobernador de Arkansas y, aunque existía una opinión generalizada que establecía que las relaciones entre él y la Primera Dama distaban mucho de ser tan ideales como ella misma quería demostrar, Hillary Clinton se esforzó en todo momento por defender a su marido. Lo hizo durante todo el proceso del caso Jones, y también lo haría durante el escándalo de Monica Lewinsky, aunque más por ignorancia que por estrategia.

Desvincular ambos casos resulta imposible puesto que, aunque se trata de mujeres diferentes que interactuaron con el Presidente en tiempo y espacio distintos, la infidelidad fue un denominador común que trascendió como rasgo asociado a la imagen pública de Bill Clinton. Y mientras, su esposa comenzaba a alzarse triunfal por resistir en el papel de Primera Dama, en contraposición con el de todas las otras damas del Presidente.

La imagen pública de Hillary Clinton antes del *escándalo Lewinsky* ya era la de una mujer recta. La Primera Dama vivía siempre bajo la sombra de su marido en tanto que fuente de su propio poder, y tal vez por ello necesitaba expresarse con una voz rígida más que firme, mostrándose como una mujer más fabricada que creada. Eran pocas las ocasiones en que la futura senadora por New York se mostraba natural frente a los medios de comunicación y habitualmente transmitía una imagen algo distante y con mucho de estudiada.

Probablemente, considerando su historia personal, ella realmente era una mujer distante y poco expresiva en lo afectivo. Sin embargo, no debe ignorarse el hecho de que en cierto modo su imagen siempre era valorada en relación a la de su marido y muy amenudo en contraposición. Si Bill Clinton hubiese sido un presidente de Estados Unidos creado para una película de ciencia ficción, se podría llegar a hablar incluso de hiperrealidad. El Presidente de los Estados Unidos que se convirtió en el segundo presidente demócrata reelegido en la historia de la nación, tenía poco que ver con sus predecesores en lo que a imagen se refiere. Siempre aparecía frente a los medios con la tez rosada sobre una piel excesivamente blanca, y su forma física nunca le confirió

un porte de autoridad. Su mujer en cambio, se peinaba y vestía como la clásica mujer americana de su generación y se movía recta, con una dignidad corporal tan extrema que algunos han tachado de rigidez moral.

El matrimonio Clinton se veía como una combinación extraña e incluso en la intimidad que algunos periodistas compartieron con ellos, se podía apreciar que sí existían ciertas rarezas en la forma que tenían de interactuar el uno con el otro. Bill Clinton idolatraba a su mujer y, pese a su condición de infiel crónico, siempre se apoyó políticamente en la Primera Dama. La convirtió en un miembro fundamental de su equipo político y, frente a los medios de comunicación, ella necesitó mostrarse como una personalidad fuerte capaz de desarrollarse en su individualidad. Esta actitud le ganó muchos detractores. Algunos veían en ella a una demócrata demasiado conservadora y otros la consideraban una conservadora con pretensiones liberales. No encajaba en ninguna de las dos clasificaciones, pero despertaba sentimientos contradictorios por doquier. Su imagen distaba mucho de ser la de una mujer típicamente demócrata y, en contraposición con la imagen hiperdemócrata de su marido, esa falta de naturalidad se veía aún más acentuada.

Si algo consiguió Hillary Clinton a través de su imagen fue ganarse un nombre propio. No generaba noticias por ser la Primera Dama, las generaba por ser un personaje político en sí mismo. De hecho, sólo hubo dos ocasiones en que la futura senadora por New York perdiese su protagonismo individual para ser exclusivamente la mujer del Presidente: durante el *caso Jones* y durante el *escándalo Lewinsky*. Especialmente durante este último, dada su mayor trascendencia, Hillary Clinton apareció frente a los medios exactamente igual de entera que siempre, pero con una sombra oscura que era fácilmente perceptible.

La mejor oportunidad que la Primera Dama tenía para reafirmar su personalidad independiente era durante los viajes al extranjero que realizaba sin Bill Clinton. Siempre llevaba un grupo de periodistas de distintos medios de comunicación con ella en el avión y muy amenudo le acompañaba su hija Chelsea. Durante esos viajes, tenía la oportunidad de mostrarse a los periodistas de una forma mucho más natural y relajada gracias a las múltiples conversaciones *off the record* que mantenía con ellos. Sin embargo, esa imagen que ella en ocasiones transmitía rara vez llegaba a la opinión pública puesto que en sus declaraciones y apariciones ese componente de relajación no existía.

En esas ocasiones y en muchas otras que sucedían dentro de los Estados Unidos, la hija del matrimonio siempre jugó un papel relevante en la configuración de la imagen tanto de la Primera Dama como del Presidente. Era hija única, de manera que toda la atención se centraba en ella cuando los periodistas querían abordar a la familia Clinton. Su madre se esforzó mucho por protegerla de los medios de comunicación, y en varias ocasiones pidió consejo a su amiga Jacqueline Kennedy sobre cómo educar a Chelsea para que creciera con normalidad pese a ser la hija del Presidente. Su primera regla de oro era mantenerla alejada de la prensa y pactar verbalmente con todos los medios, ya desde el primer día de mandato, que la vida privada de su hija en ningún caso podía ser divulgada frente a la opinión pública. Y aunque siempre se respetaba esa petición, los viajes al extranjero que realizaban madre e hija constituían una oportunidad sin precedentes para que los periodistas recabasen información sobre aquello que los ciudadanos americanos se preguntaban: ¿Cómo será la hija de la Primera Dama?

En una ocasión durante el viaje que Hillary Clinton y su hija realizaron por Asia, los medios de comunicación publicaron unas declaraciones en que Chelsea manifestaba lo magnífico que le había parecido el Taj Mahal. Era la primera vez que se citaban sus palabras en toda la presidencia. Los jefes de los principales medios de comunicación de Estados Unidos comenzaron a presionar a sus corresponsables, querían cómo fuese conseguir una entrevista con Chelsea. Ya les habían dado a los ciudadanos un trocito del pastel y la opinión pública se había volcado en busca de más. Y todos querían ser los primeros en ofrecer la tarta completa. Joe Klein, quien viajaba en aquella ocasión con la Primera Dama y su hija, explica así lo que sucedió entonces:

Quando le preguntaron a la Primera Dama si podían entrevistar a Chelsea sobre el particular, ella les espetó: «¡No, no!» y sus asistentes la sacaron de allí rápidamente, dejando pasmados a los periodistas ante aquella inesperada vehemencia. La insistencia de la primera dama en que su hija no fuera utilizada como pienso para alimentar a los medios, admirable en principio y respetada por toda la prensa, pareció de repente inflexible y dogmática, un recordatorio de todo lo que había ido mal durante el año anterior.³⁵

Tanto secretismo inspiraba desconfianza a la prensa pero, en cierto modo, era una desconfianza más basada en la rabia por no alcanzar lo deseado que porque hubiera veraderos secretos en el aire. El mismo Klein explica que durante ese viaje Chelsea participó en muchas de las conversaciones *off the record* que se prolongaban durante horas en la parte trasera del avión, y también afirma que la Primera Dama y su hija

³⁵ KLEIN, Joe, op. cit., p. 153

tenían una relación aparentemente normal. Pero la sociedad quería saber más y Hillary Clinton no estaba dispuesta a abrir una puerta que ya no podría volver a cerrar.

Chelsea siempre apareció más unida a su madre que a su padre. Esta preferencia aparente que se manifestaba frente a la opinión pública, confería a la futura senadora por New York ese carisma más natural del que carecía por sí misma. Pero incluso en esas ocasiones sólo se la percibía humanizada en su papel de madre, no en su rol político como Primera Dama. Ella siempre había sido una defensora de los derechos de la mujer y de los niños, pero cuando aparecía con su hija frente a los medios de comunicación lo hacía sólo como madre. Y como madre, también la protegía de la implacable voz de la masa. Frente a esto, una parte de la opinión pública la seguía iconizando en su elevado papel de símbolo protector de la esencia femenina, mientras que otros consideraban que cuanto menos existían algunas inseguridades internas en la familia que repercutían negativamente en la gestión de la Administración. Lógicamente, cuando se avivó el fuego del *escándalo Jones*, Chelsea comenzó a convertirse en la silenciosa mártir y no fue hasta que se confirmó la veracidad de las acusaciones de Monica Lewinsky cuando aquella hija neutral tomó posiciones hombro con hombro junto a su madre.

Pero antes incluso de que estallara el escándalo, Hillary Clinton contaba también con el apoyo incondicional del equipo que trabajaba en *Hillaryland*, como solía autodenominarse su grupo de asesores mayoritariamente formado por mujeres. Así como el Presidente siempre estuvo rodeado de escándalos que en ocasiones nacían de filtraciones, a la Primera Dama eso no le sucedió. Si en algo se caracterizaba su equipo era precisamente en que sentían una especie de adoración por ella, muy parecida a aquella idolatría que representaba para muchos la futura senadora. Ella era la líder indiscutible dentro de su equipo, y todos sin excepción se mantenían a su alrededor como un caparazón blindado que la mantenía en pie con su característica imagen de aplomo.

Como le sucedería a toda persona que se enfrentase a las situaciones que ella vivió, Hillary Clinton también se desanimaba e incluso llegaba a deprimirse en algunos momentos. Pero toda esa debilidad, toda esa dolorosa fragilidad que manifiesta el animal herido, nunca trascendió a la opinión pública. Se la podía ver más apagada, más confusa, menos enérgica e incluso con los hombros un poco caídos. Pero nunca nadie en *Hillaryland* habló más de la cuenta y, entre todos, lograron que nadie en la sociedad

supiese verdaderamente cómo se sentía aquella mujer. Y ese encriptamiento, una vez más, provocaba la admiración de unos y la desconfianza de otros.

Solo en una ocasión la humanidad de Hillary Clinton quedó en evidencia. Ella era una mujer dura, que defendía a su marido librándole con su confianza de las peores acusaciones. La opinión pública seguía confiando en Bill Clinton pese a todos sus escauceos amorosos y demás escándalos principalmente porque su mujer y Primera Dama de Estados Unidos seguía confiando en él. Defendía al Presidente con la contundencia de una leona que protege a su manada y más que una supuesta esposa traicionada su papel se parecía más al de una luchadora contra malvados oportunistas.

Esa fe en su marido y la entereza que demostró mientras escuchaba las peores acusaciones, le concedieron esa imagen fuerte e indestructible frente a la opinión pública. Cuando el 21 de Enero de 1998 aparecieron en el *Washington Post* las primeras acusaciones contra el Presidente en relación al *caso Lewinsky*, Hillary Clinton hizo exactamente lo mismo que había hecho en todas las situaciones similares que había vivido anteriormente: defender con uñas y dientes a su Presidente. Pero al poco tiempo se supo que todas las acusaciones eran ciertas y que, además, existían pruebas tan irrefutables como vulgares. Entonces la Primera Dama dejó de ser una defensora de la integridad de Bill Clinton y se convirtió en una mujer traicionada, engañada y por encima de cualquier cosa, expuesta públicamente en su miseria. Ella sufriría mucho las consecuencias de los sucesivos errores de su marido y su imagen pública, después de recibir tan duro golpe frente a los ojos de toda la sociedad, también se vió seriamente afectada. Y todo empezó con un rumor en Internet al que nadie quería dar crédito.

4. El escándalo Lewinsky

Un poco antes de que el *Washington Post* hiciera pública la noticia, el *blog* de Matt Drudge ya anunciaba el escándalo:

En el último minuto, a las seis de la tarde del sábado [17 de Enero de 1998] la revista *Newsweek* levantó un artículo que iba a sacudir el Washinton oficial hasta sus cimientos: una becaria de la Casa Blanca ha mantenido relaciones sexuales con el presidente de los EEUU.³⁶

³⁶ Referencia a la fuente primaria en http://www.libertaddigital.com:83/php3/noticia.php3?fecha_edicion=2004-02-15&num_edicion=1338&cpn=1276214837&seccion=MUN_D

Algunas horas más tarde el rumor aún por confirmar se comentó en dos cadenas de televisión nacionales mientras que a su vez, *The Drudge Report* anunciaba que el nombre de la becaria era Monica Lewinsky. La noticia fue cobrando importancia progresivamente y estalló en el momento en que Matt Drudge afirmó que existían unas cintas en poder del gobierno que demostraban la certeza de la acusación.

Drudge no es periodista pero su *blog* lo visitan más de ocho millones de personas cada día, entre los que se encuentran precisamente políticos y periodistas. De hecho, aunque sus detractores intenten acusarlo de sensacionalista, en la mayoría de ocasiones las noticias que aparecen en *The Drudge Report* han sido filtradas por periodistas anónimos que no pueden publicar la información en un medio convencional. Y aunque en ocasiones Drudge informa en su blog de rumores que terminan por ser falsos, lo cierto es que en más de una ocasión su instinto periodístico le llevó al acierto y precisamente a él se le puede atribuir el haber destapado el escándalo.

Pero la acusación que el *Washington Post* hacía cuando finalmente publicó la noticia ya iba mucho más allá. Bill Clinton no sólo había mantenido relaciones extramatrimoniales, lo cual no constituye en sí un delito, sino que las había ocultado mintiendo sobre su relación con Monica Lewinsky durante una declaración jurada. La declaración que realizó precisamente durante el juicio por la demanda de acoso sexual que interpuso Paula Jones. La acusación se extendió como la pólvora y los medios parecían sentirse satisfechos por haber encontrado finalmente un verdadero escándalo que atribuirle al Presidente. Además, de ser ciertas las acusaciones, se confirmaría aquella imagen de hombre infiel y poco íntegro que siempre habían querido atribuirle sus opositores.

Las especulaciones sobre posibles pruebas definitivas para confirmar la acusación crecían a medida que se conocían más detalles como la existencia de esas cintas grabadas que ya mencionó *The Drudge Report* desde la aparición de la noticia. Los enemigos políticos del presidente comenzaban a planear cómo aprovecharse de la situación y fue precisamente un ex-asistente personal de Bill Clinton quien afirmó que en caso de demostrarse ciertas tan graves acusaciones, el Presidente debería ser sometido al proceso de *impeachment*. El marido de la ex Primera Dama y ella misma estaban convirtiéndose en protagonistas de un escándalo que daría la vuelta al mundo y que trascendería en la historia de Estados Unidos precisamente porque el mismo Presidente terminó por admitir que las acusaciones vertidas sobre él eran ciertas.

Sin duda, cuando estalló ese *escándalo*, fue cuando realmente tanto Bill Clinton como su esposa empezaban a experimentar el poder de los medios de comunicación de forma más que incontrolable. La sala de prensa de la Casa Blanca se inundaba de periodistas que hacían una y otra vez preguntas sobre el escándalo cada tarde durante la sesión informativa. También había un grupo permanente de periodistas apostados fuera de las inmediaciones de la residencia presidencial, y las primeras apariciones públicas del Presidente no hicieron más que avivar la creciente sensación de la opinión pública de que realmente sí había existido la supuesta relación.

Las primeras imágenes que se vieron de él en televisión le mostraron como un hombre cansado y en actitud huidiza. Elegía con cuidado los tiempos verbales que utilizaba para afirmar que no existía ninguna relación en aquel momento, manifestación que no negaba abiertamente la posibilidad de que hubiese existido dicha relación en el pasado. El mensaje que transmitía el Presidente se mantuvo ambiguo los primeros días, pero pronto cometió el error de mentir sobre su implicación en el escándalo. Esta vez no lo hizo bajo juramento pero sí frente a las cámaras de televisión y, por tanto, mintiendo en directo a toda la opinión pública:

Unos días después, mientras se extendían los rumores de que estaba a punto de dimitir, a Clinton se le escapó un raro destello de irritación en público. Negando con el dedo ante las cámaras, pronunció las palabras que, para muchos, definirían su presidencia: «No mantuve relaciones sexuales con esa mujer, la señorita Lewinsky».³⁷

Hillary Clinton se enteró de la noticia por su marido, pero su condición de esposa y confidente no la libró de las mentiras del Presidente. Él la despertó el día 21 por la mañana y le advirtió de que ese día leería en la prensa algo que ella debía saber de antemano. Le explicó que había aparecido una noticia que afirmaba que el Presidente había mantenido relaciones con una becaria de la Casa Blanca y que además la noticia decía que se le había pedido que mintiera sobre esa relación en el caso de Paula Jones. Le reconoció a la candidata a la presidencia que había conocido a Monica Lewinsky dos años antes, mientras ella trabajaba como voluntaria en el ala Oeste. Según contó a su mujer, la becaria le había pedido ayuda para conseguir trabajo y terminó por malinterpretar las atenciones que él le ofreció. Ella creyó absolutamente todo lo que su marido le contó, entre otros motivos porque las acusaciones venían

³⁷ KLEIN, op. cit., p. 16. No deja de resultar sorprendente y difícilmente explicable la actitud del ex Presidente. Él conocía mejor que nadie la certeza de las acusaciones y aún así cometió la osadía de mentir abiertamente, en directo, a todo Estados Unidos. Cometió un grandísimo error de comunicación que no le costó la presidencia, entre otros motivos, porque la sociedad estadounidense ya está acostumbrada a los escándalos sobre infidelidades que frecuentemente sacuden a la clase política.

respaldadas por aquellas personas que ya les habían atacado en más de una ocasión sin fundamento. También insistió en pedirle explicaciones en varias ocasiones, pero Bill Clinton afirmaba con vehemencia una y otra vez que él no había tenido ningún comportamiento impropio. Sólo se limitaba a admitir que sus atenciones podrían haber sido malinterpretadas.

El Presidente contó a todo su equipo la misma historia que a la Primera Dama, pero entre sus colaboradores su negación no obtuvo tanta credibilidad. Todos aceptaron su versión en lo práctico puesto que no podían tomar otro camino si pretendían seguir poniendo su trabajo a disposición de la administración Clinton, pero muchos habían visto las apariciones públicas del marido infiel y habían percibido lo mismo que el resto de la sociedad. Estaba mintiendo.

Monica Lewinsky consiguió su beca para trabajar en la residencia presidencial en julio de 1995 y el 15 de noviembre de ese mismo año tuvo su primer encuentro con el Presidente. Se vieron un total de diez veces, en nueve de las cuales Monica Lewinsky le practicó sexo oral a Bill Clinton. También intercambiaron algunos regalos y mantenían frecuentes conversaciones telefónicas que en un total de quince ocasiones terminaron por convertirse en llamadas eróticas. La relación se extendió durante un total de 16 meses y comenzó el día después de que la Administración suspendiera parcialmente sus actividades como consecuencia de la crisis de los presupuestos y el personal se viera reducido a tan sólo 90 trabajadores.

Pero todos estos sucesos tuvieron que ser descubiertos gracias a la investigación que se desarrolló, puesto que el Presidente insistía inicialmente en reivindicar su completa inocencia. Y Hillary Clinton, ingenua, también descalificaba las acusaciones tachándolas de mentiras al servicio de las estrategias de sus enemigos políticos. Ella afirmaba convencida que todo era una operación orquestada para desacreditar al Presidente. Y las seis veces en que su marido negó frente a los medios de comunicación haber mantenido aquella relación, no hicieron más que reafirmar a la Primera Dama en la convicción de que su esposo era inocente. Durante siete meses Bill Clinton mintió a su mujer, a sus amigos, a su equipo y por descontado también a toda la opinión pública a través de los medios de comunicación.

El fiscal Kenneth Starr, que ya había llevado procesos de acusación como el *caso Whitewater* y que además estaba al frente de la investigación en el *caso Jones*, había conseguido autorización para buscar pruebas que probasen o desmintiesen las

acusaciones que se estaban haciendo en relación al caso Lewinsky. Starr consiguió llegar a un acuerdo con ella y, a cambio de exonerarla de toda culpabilidad por haber jurado en falso durante el proceso del *caso Jones*, Monica Lewinsky accedió a contar los detalles de su relación con Bill Clinton y aportó una prueba física que terminaría por ser irrefutable: un vestido azul marino manchado con esperma que ella afirmaba haber llevado en uno de sus encuentros con él.

En el mes de agosto el Presidente tuvo que someterse al implacable juicio de la ciencia y, después de realizar la pertinente prueba de ADN, se demostró que efectivamente el semen que impregnaba el vestido de la becaria pertenecía a Bill Clinton. Es interesante considerar que el último encuentro entre el marido de la Primera Dama y la becaria de 21 años tuvo lugar el 29 de marzo de 1997, y que el vestido manchado de semen no apareció hasta el verano de 1998, es decir más de un año después de que fuese utilizado por la becaria. Y aunque Monica Lewinsky defendiera su relación con el Presidente en términos románticos en más de una ocasión, resulta más que sospechoso el hecho de que guardara un vestido manchado durante más de un año. Ciertamente, resulta más verosímil pensar que no lavó el vestido porque vio el potencial de la escandalosa prueba.

Finalmente, el 17 de agosto de ese mismo año, Bill Clinton tuvo que reconocer ante la evidencia de los resultados de la prueba de ADN, que había mentido sobre la naturaleza de su relación con la becaria. Pero se apresuró a afirmar también que en términos jurídicos no había mentido sobre esa relación durante su declaración jurada en el caso de Paula Jones. Se creaba así otro de los temas entorno al que giró la polémica, puesto que el Presidente pretendía defender a través de esa afirmación que el sexo oral no podía incluirse bajo el concepto de sexo. La declaración televisaba en la que reconocía su aventura con Monica Lewinsky duró cuatro minutos y se produjo durante una declaración jurada ante los ayudantes de Starr y frente a un jurado federal de acusación. La nación entera recibió las disculpas del Presidente a través de los medios de comunicación, pero la mentira ya estaba dicha y la credibilidad de Bill Clinton minada dentro y fuera de la Casa Blanca. Los medios de comunicación se mostraron muy duros en sus críticas hacia él e incluso pedían su dimisión inmediata. Pero la opinión pública demostró mucho menos rechazo hacia el Presidente que los periodistas:

[...] el común de los ciudadanos no se mostró tan inflexible como ellos. Las encuestas, desde luego, hacían ver que un sesenta por ciento aproximado de los estadounidenses

desaprobaba su conducta sexual; sin embargo, los índices de aprobación de su labor presidencial descendieron sólo de forma ligera a finales de agosto de 1998.³⁸

Pero si hubo una persona que realmente se sintiera defraudada por todas las mentiras que contó al Presidente, esa fue Hillary Clinton. Durante todo el tiempo que creyó la versión inicial que le ofreció su marido, la Primera Dama sintió que su familia y su vida privada estaban siendo vilmente ultrajadas por razones políticas. En múltiples ocasiones defendió lo que terminaría por ser indefendible, afirmando que creía firmemente que los cargos eran falsos. Ella sentía que en esa situación debía ser fuerte y mantenerse al lado de su marido, de manera que su ya habitual imagen de rigidez se vió reforzada por la mayor contundencia de sus declaraciones. Aunque se sentía ciertamente afectada por las duras críticas que publican los medios de comunicación, había decidido que si estaba convencida de la inocencia de su marido debería seguir adelante comportándose exactamente igual que antes de que estallara el escándalo y transmitiendo por tanto un artificial mensaje de normalidad.

El 14 de agosto lo descubrió la opinión pública, pero Hillary Clinton ya sabía desde dos semanas antes que Monica Lewinsky había decidido cooperar con la fiscalía. Los rumores sobre la aparición de nuevas pruebas, entre las que se encontraría el sospechoso vestido manchado, ya se habían demostrado ciertos. Y cuando el Presidente decidió que confesaría, también tuvo que confesarse primero frente a su esposa. Ella frente a la opinión pública fue simplemente una inocente mujer traicionada, que defendía aquello que creía cierto, hasta aquel día en que su marido le contó la verdad. Entonces cambió radicalmente no sólo su situación familiar sino también su forma de posicionarse frente a los medios de comunicación. Sin embargo, muchos periodistas no creyeron que la ex Primera Dama desconociera por completo la relación extramatrimonial de su marido, pero en ningún momento fue posible demostrar como ciertas tales acusaciones:

*Reporters knew all along that Bill Clinton was a serial adulterer, and therefore also a serial liar about his sham of a marriage. That made Hillary a serial liar, of course, as she repeatedly aided and abetted that myth with statements of her own. This, too, the media accepted, as Blankley pointed out: «They took for granted that Hillary knew, and that she was lying, and they chose not to report it. They subordinated their journalism for their support for Hillary».*³⁹

³⁸ T. PATTERSON, James. *El gigante inquieto*, Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush. memoria. Crítica, Barcelona, 2006. p. 521.

³⁹ BRENT BOZELL, op. cit., p. 26 N. de T. Los periodistas siempre supieron que Bill Clinton era un infiel crónico, y en consecuencia también un mentiroso crónico sobre su farsa matrimonial. Eso

El sábado 15 de agosto, Bill Clinton despertó temprano a su mujer y le explicó que la situación era más grave de lo que ella creía, puesto que sí había tenido una relación íntima inapropiada, que él mismo describió como esporádica y sin importancia. Justificó el no haberle contado la verdad de lo sucedido siete meses antes diciendo que estaba avergonzado y sabía el dolor que le causaría. Tal vez no quiso ser consciente de lo mucho que se dañaba la imagen pública de la Primera Dama cuando ella defendía, engañada, las mentiras del Presidente. Lógicamente Hillary Clinton quedó devastada y desbordada por un doloroso resentimiento. Sintiendo así de traicionada, le recordó a su marido que también debería darle explicaciones a Chelsea sobre las mentiras contadas y todo lo que estaba por suceder. Y aunque el Presidente parecía hundirse, la futura senadora por New York parecía hacerse no más fuerte todavía, pero por el momento sí más resistente.

Aún así, necesitaba el apoyo de alguien cercano y decidió hablar con un amigo terapeuta, para poder reflexionar con la mayor tranquilidad alcanzable en aquellas circunstancias tan inesperadas y adversas. El primer mensaje que Hillary Clinton emitió para la opinión pública a través de los medios de comunicación fue una declaración que su secretaria de prensa, Marsha Berry, emitió en nombre de la Primera Dama:

*«Clearly, this is not the best day in Mrs. Clinton's life... This is a time that she relies on her strong religious faith.» (In a June 2007 discussion of her faith, Hillary elaborated on Berry's statement, announcing unequivocally, «I'm not sure I would have gotten through it without my faith.»).*⁴⁰

Este escueto pero conciso comunicado no es en ningún caso fruto de la casualidad, puesto que en lo claro pero breve del mensaje se puede apreciar el punto de exactitud estudiada que presenta. La primera afirmación tiene un tono un tanto agresivo e incluso irónico y parece estar más dirigida a los demócratas que a los conservadores. La frase se limita a afirmar lo evidente sin intención de esconder la exasperación de quien sabe

convertía a Hillary en una mentirosa crónica, por supuesto, puesto que repetidamente ayudaba y apoyaba al mito con afirmaciones propias. Esto también lo aceptaron los medios, tal y como señaló Blankley: «Obviaron que Hillary lo sabía, y que estaba mintiendo, y decidieron no publicarlo. Subordinaron su periodismo en favor de su apoyo a Hillary».

Resulta arriesgado afirmar que Hillary Clinton sabía sobre la relación del ex Presidente con Monica Lewinsky, pero también resulta inverosímil pensar que siempre había estado ciega con respecto a los habituales escauceos amorosos de su marido con mujeres más jóvenes. En cualquier caso, si los medios de comunicación hubiesen sabido con certeza que la ex Primera Dama conocía lo sucedido con la becaria, lo hubiesen publicado. El problema para sus adversarios fue precisamente que nunca encontraron la forma de culpar a la candidata presidencial.

⁴⁰ KENGOR, op. cit., p. 168 N. de T. «Claramente, este no es el mejor día en la vida de la Sra. Clinton... Este es un momento en el que se está apoyando en su fuerte fe religiosa.» (En junio de 2007 mientras hablaba sobre su fe, Hillary elaboró sobre el comunicado de Berry, anunciando inequívocamente, «no estoy segura de poder haber salido adelante sin mi fe.»).

y reconoce que acaba de descubrir lo que todos ya sabían. El segundo mensaje de la declaración impersonal que llegó a los medios de comunicación, sin embargo, parece estar más dirigido a los adversarios políticos no sólo de la Primera Dama sino también a los de la administración Clinton. Ella no estaba dispuesta a renunciar a todo tan rápidamente, a dejar que destituyeran a su marido y tener que desplazarse a la sombra con la cabeza baja. Y los adversarios lo son más que nunca precisamente en la adversidad.

En el mismo momento en que el Presidente reconoció públicamente su relación con Monica Lewinsky, comenzó toda la sociedad a especular sobre qué pasaría ahora con el matrimonio Clinton. La imagen de mujer fuerte que la futura senadora por New York había transmitido en todos los escándalos anteriores hacía impensable que ella permaneciera a su lado pese a la humillación sufrida. Y nada heriría más mortalmente la carrera de Bill Clinton que el ser abandonado por su mujer. Pero a la Primera Dama ahora no le interesaba precisamente eso sino todo lo contrario, mantener como fuese la estabilidad del gobierno. Al afirmar que se estaba apoyando mucho en su fe religiosa no cerraba el debate sobre cuál sería el futuro del matrimonio Clinton, pues éste era un debate interminable, pero sí lograba crearse una especie de escudo protector invisible.

Estados Unidos, en su origen mismo tierra para el mestizaje de las culturas, tiene la religión en la raíz de su cultura. En una situación como la que afrontaba la esposa del Presidente, la religión siempre parecería un buen punto de partida para frenar las críticas sobre su persona. Nunca, ningún adversario político por mucho que la detestara, se atrevería a utilizar públicamente su búsqueda de apoyo en la religión para intentar descalificarla. Un país que necesita bendecirse a sí mismo al final de cada discurso político no puede permitirse emitir una crítica de esas características en el plano de lo público y desde la cúpula política. Sus enemigos podían especular sobre lo que ella debía o no debía hacer, pero no podían criticarla por lo que estaba haciendo en aquel momento para afrontar lo mejor posible tan profunda crisis emocional. Y además, no hay porqué negarlo, la referencia a su fe religiosa la distanciaba rápidamente de la imagen de infiel y deshonesto pecador que en ese momento intentaban crear los medios de comunicación en relación a Bill Clinton.

Poco a poco la incertidumbre sobre cuál sería el futuro del matrimonio iba desapareciendo, especialmente a medida que avanzaban los días y la pareja continuaba viviendo junta. La Primera Dama todavía no sabía cómo perdonar a su marido, pero sí había llegado a la conclusión de que amaba a su Presidente lo

suficiente como para intentar por lo menos, recuperar algo de la buena relación que les había unido para ver si todavía era posible la reconciliación. El primer viaje oficial que la Primera Dama hizo con Bill Clinton fue a Moscú. Como era habitual, un gran número de periodistas viajaba con ellos pero en esta ocasión las conversaciones nunca fueron tan relajadas. Los medios realmente no estaban allí para reportar la misión de paz que estaba teniendo lugar en aquel momento, sino para intentar encontrar algún indicio sobre cuál era la situación en lo más interno del matrimonio. Se fijaban en detalles como si mantenían mucha distancia física, en las expresiones faciales de Hillary Clinton, especulaban sobre el significado de cualquier condescendencia material o simbólica que pudiese tener ella hacia él y, por mucho que ella lo intentara, era imposible crear un verdadero marco de intimidad en la pareja.

La situación entre los Clinton evolucionaba con mucha lentitud y mientras la Primera Dama seguía transmitiendo esa imagen fuerte de mujer que puede seguir adelante en la mayor de las adversidades. Comenzaron a asistir a una terapia de pareja mientras se debatía plenamente en la esfera pública la necesidad de iniciar un proceso de *impeachment*.

La futura senadora por New York ya poseía profundos conocimientos sobre cómo se desarrolla ese proceso y sobre las razones que lo justifican. Gracias a su experiencia trabajando la solicitud para el proceso de *impeachment* del ex-Presidente Nixon, Hillary Clinton sabía cómo ayuar a su marido y, por tanto, sólo debía decidir si estaba dispuesta a hacerlo. Ciertamente, tenía muchos motivos personales por los que posicionarse en su contra, pero también tenía muchas razones políticas por las que mantenerse a su lado. Y la realidad es que decidió permanecer apoyando al Presidente.

Probablemente las motivaciones emocionales que llevaron a la Primera Dama a tomar esa decisión son más ambiguas, pero parece claro que sí existió una motivación basada en intereses político-profesionales. Hillary Clinton siempre había sido muy consciente de que su influencia, que ella se esforzaba por aumentar con méritos propios, había dependido y dependería en última instancia del poder del Presidente. Así pues, resulta lógico deducir que cuando el segundo mandato de Bill Clinton comenzó a tambalearse y resquebrajarse, su esposa era consciente de que si él se derrumbaba, ella caería con él. Y por supuesto, la candidata a la presidencia no permitiría que eso llegase a suceder. Estaba convencida de que el *impeachment* no estaba justificado dentro del derecho constitucional pero aún así era consciente de que el Partido Republicano haría todo lo posible para lograr destituir al Presidente.

En ese sentido eran cruciales las elecciones de mitad de mandato, que se celebraban en noviembre. Lo habitual era que el partido gobernante perdiese algunos escaños en esas elecciones, como ya le había sucedido a la Administración Clinton en 1994. Y la única esperanza para frenar el proceso de destitución residía precisamente en que tal pérdida no volviese a suceder. Los medios de comunicación seguían ávidos de declaraciones y buscaban obtener cualquier información sobre los planes de la Primera Dama para con su marido. Pero ella se blindó en lo referente a esa cuestión y se limitó a defender públicamente que un proceso de *impeachment* no estaba justificado.

Aunque sus consideraciones para no iniciar el proceso de destitución estaban basadas en valoraciones jurídicas, la realidad es que muchos interpretaron que con su defensa del Presidente también estaba en el fondo defendiendo a su infiel marido. Ella sólo estaba protegiendo la Presidencia y por extensión su reputación para el futuro. Una cosa era ser la mujer engañada de un presidente infiel y otra bien distinta la Primera Dama cesada por la destitución de su ligero marido. Además, Hillary Clinton estaba aún más centrada durante esa etapa en seguir creándose una imagen pública propia, ahora más que nunca necesaria para su supervivencia. Quería reafirmarse no sólo como política competente, capaz de trabajar al margen de sus emociones, sino también como mujer independiente que puede sobrevivir a cualquier traición.

Para servir a este último propósito reivindicativo le resultó muy conveniente la oferta de la editora jefe de *Vogue*, Anna Wintour. Cuando el número de diciembre del prestigioso magazine inundó los puntos de venta, en la portada aparecía una sofisticada Primera Dama envuelta en un elegante vestido de terciopelo diseñado por Oscar de la Renta. Esta acción mediática no parecía la clásica forma de comunicarse con la opinión pública que siempre había caracterizado a Hillary Clinton, pero tenía mucho de estrategia para la supervivencia.

Antes de que estallara el *escándalo Lewinsky*, la futura senadora por New York siempre había transmitido una imagen pública seria que huía de aquel feminismo glamuroso que nació con Jacqueline Kennedy. Hillary Clinton siempre aparecía ante los medios como una mujer comprometida a tiempo completo con su misión política y sólo se hacía latente su condición femenina cuando, al aparecer con Chelsea, se reivindicaba en su papel de madre. La Primera Dama nunca había utilizado su atractivo como una estrategia de comunicación, pero cuando las acusaciones sobre la relación de su marido con Monica Lewinsky se confirmaron ciertas, ella sintió la necesidad de explorar su lado más visual y superficial convirtiéndose en modelo por un día. Es como si, en

cierto modo, Hillary Clinton se hubiese convertido en una mujer que necesitaba reivindicar ese atractivo propio que su marido había encontrado sosteniendo entre sus manos a una becaria.

Finalmente la Primera Dama había decidido quedarse al lado de su marido también en el plano de lo afectivo, y a través de las sesiones de terapia parecía que la pareja se recuperaba de tan tremenda crisis interna. Además, la opinión pública se mostraba cada vez menos receptiva en lo referente al proceso de destitución. En las elecciones de noviembre los demócratas ganaron escaños a los republicanos, y la posibilidad de que la intención de *impeachment* se convirtiese en una realidad se desvanecía. A medida que el Presidente recuperaba el apoyo de una sociedad que consideraba que su relación extramatrimonial no interfería en su capacidad para gobernar, Starr recibía cada vez más críticas que le acusaban de permitir que su aversión personal hacia Bill Clinton influyese en su valoración de las faltas cometidas por el Presidente.

Tal y como James T. Patterson explica en una de sus reflexiones sobre la evolución política de Estados Unidos, el papel que Hillary Clinton desempeñó durante todo el *escándalo Lewinsky* sentó en cierto modo un precedente que animaba a los ciudadanos a juzgar al Presidente sólo por sus capacidades políticas:

En 1998, llegó a ponerse de su parte [de parte del Presidente] una mayoría de mujeres, sobre todo las de convicciones liberales. Pese a desaprobar su aventura con Lewinsky, no creían que debiera juzgársele en exclusiva en virtud de su carácter moral. Al cabo, su esposa se había quedado a su lado.⁴¹

Sin embargo, aunque muchos juzgaron que si su esposa le había perdonado no había ningún motivo por el que la nación no debiera seguir su ejemplo, también hubo quienes criticaron la decisión de la Primera Dama. Una vez más, las opiniones en torno a su persona estaban enfrentadas y ella aparecía como un símbolo donde se estrellaban las contradicciones sociales. Llegado ese punto en su vida pública, Hillary Clinton ya se había convertido en un modelo a seguir para muchas personas, especialmente mujeres, que creían en la necesidad de una figura política que hablase en favor de la igualdad y los derechos de los niños. Muchas de estas personas que tanto la admiraban vieron en

⁴¹ T. PATTERSON, op. cit., p. 523. Al margen del papel que la decisión de la ex Primera Dama jugó en su propia imagen pública, sin duda la decisión de permanecer junto a Bill Clinton le salvó a él del fracaso. El ex Presidente había construido toda su carrera política orientado por su esposa y entre ellos se había creado una relación de dependencia. La personalidad fuerte de Hillary Clinton compensaba la falta de voluntad en su marido y sin ella, probablemente toda la Administración se habría desestructurado irreversiblemente. Permanecer unidos salvó el futuro político de la senadora, pero también libró a Estados Unidos de una importante crisis de gobierno.

su decisión de no separarse un ejemplo sobre cómo las familias y parejas deben permanecer unidas incluso en los tiempos de peor adversidad. Otro sector entre las personas que tanto la idolatraban, por el contrario, consideró que su decisión de permanecer con su marido era como una aceptación de toda esa humillación pública a la que él la había sometido.

Como era de esperar, las valoraciones sobre su decisión entre la opinión pública más conservadora y las filas republicanas también se encontraban divididas en una contradicción. Durante todo el escándalo, Hillary Clinton se refirió a su fe religiosa para argumentar muchas de sus decisiones personales y entre algunos conservadores aquel apego a sus creencias espirituales fue recibido como una muestra de esa integridad que tanto le faltaba al Presidente. Sin embargo, también hubo un amplio grupo de republicanos que consideró haber visto en la Primera Dama una actitud con matices victimistas y, por supuesto, los defensores de esta opinión creían que la futura senadora por New York sólo se mantenía junto a Bill Clinton precisamente para poder tener un futuro propio, diferente a aquel que su marido había esbozado para ella a través de su infidelidad.

Pero si bien las diferentes valoraciones de la opinión pública sí podían entenderse como razonables aunque contradictorias, lo cierto es que a medida que el *escándalo Lewinsky* se iba convirtiendo en algo poco novedoso y más bien excesivamente analizado, Hillary Clinton se iba definiendo aún más en su nueva imagen pública. No sólo se había esforzado por mantener a su marido en el poder sino que también estaba luchando por adquirir un poder propio que pudiese convertirse cuanto menos en influencia llegado el final de la era Clinton. Pero realmente no hubo necesidad de esperar tanto.

Su imagen de dama de hierro, que tan útil le había sido como armadura para enfrentarse a los amenudo mordaces medios de comunicación, también le había creado una imagen de resistencia y credibilidad que le aseguraba la posibilidad de permanecer en política si ella así lo deseaba. Justo después de las elecciones de mitad de mandato, cuando la presidencia del Bill Clinton estaba recuperándose de las duras consecuencias del *escándalo Lewinsky*, la candidata a la presidencia por fin recibió la oportunidad de seguir su propio camino político. Por fin, después de tantos años desempeñando un papel secundario a la sombra de un hombre que terminó por traicionarla, la Primera Dama tenía la posibilidad de optar a un cargo público por sí misma.

El día 6 de noviembre, el senador Moynihan anunció que no volvería presentarse para el cargo de senador por New York porque había decidido jubilarse. La misma noche después de que se hiciera pública la noticia, Hillary Clinton recibió esa llamada que le daría la oportunidad de pasar a la historia con su propio nombre. Su amigo y congresista Harlem Charlie Rangel la llamo para decirle que debía considerar muy seriamente la posibilidad de presentarse para el cargo de senadora, puesto que tenía muchas posibilidades de ganar.

En aquel momento, la Primera Dama aún estaba viviendo un lento proceso de estabilización después del caos provocado por el escándalo. Aunque la Presidencia de su marido ya parecía estar ganando en estabilidad, todavía tenía que equilibrarse mucho más no sólo la Administración sino también su situación personal. Pero desde luego Hillary Clinton era consciente de que le había llegado la oportunidad que siempre había deseado: si quería, podía intentar forjarse su propio camino político donde ella, y no su infiel marido, sería por fin la protagonista.

5. Del *nosotros* al *yo*

A medida que pasaba el tiempo todo el *escándalo Lewinsky* iba perdiendo el elemento novedoso y por tanto cierto interés, aunque muchos medios de comunicación siguieron alimentando la controversia incluso cuando ya toda la situación estaba aclarada, puesto que son más que conocidos los grandes beneficios que reporta el sensacionalismo pseudoperiodístico. Mientras en el Capitolio se continuaba especulando sobre si el Presidente debía ser cesado en su cargo y el debate sobre el *impeachment* continuaba, las presiones demócratas para que Hillary Clinton se presentara como candidata para el Senado de New York aumentaban.

La Primera Dama comenzó a recibir llamadas de partidarios del Partido Demócrata de todas partes de Estados Unidos que intentaban persuadirla para que aceptase presentar su candidatura. El candidato más probable por el Partido Republicano era Rudolph Giuliani, una figura conocida y respetada a nivel nacional, que además poseía una tremenda capacidad para recaudar donativos. El Partido Demócrata no quería arriesgarse a perder un escaño en una ciudad como New York, y se había extendido la opinión de que sólo una personalidad política tan pública como Hillary Clinton podría

tener alguna posibilidad de recaudar los fondos suficientes como para representar una oposición digna para el ya entonces alcalde de New York.

La mujer del Presidente no se sentía preparada para comenzar esa dura carrera en ese momento de su vida y sus amigos más íntimos le aconsejaban que no se presentara para el cargo. Pero una conversación con Harold Ickes, analista experto en política de New York, terminaría por convencerla de que debía ceder a las presiones y aceptar presentarse como candidata. Hillary Clinton se reunió con Ickes el mismo día en que se votaba el *impeachment* en el Senado, que finalmente decretó la inocencia del Bill Clinton para alivio de muchos y consternación de otros. Durante la reunión que la Primera Dama mantuvo sobre la posibilidad de presentarse para el cargo en el Senado de New York, Ickes y ella analizaron todos los problemas a los que tendría que enfrentarse si finalmente se decidía a aceptar.

Hillary Clinton no sólo no era nativa de New York sino que tampoco había vivido nunca en ese estado. No se había presentado jamás como candidata para un cargo público y además debía vencer a Giuliani, un hombre con altos niveles de notoriedad y gran aceptación entre la opinión pública. Además, nunca una mujer había ganado por sí misma unas elecciones en New York. Y por supuesto, el Partido Republicano se encargaría de recordar todos estos factores a los votantes durante la carrera por el Senado. Pero si bien todas estas realidades jugaban en su contra, la Primera Dama contaba con una ventaja competitiva que le ayudaría a obtener el codiciado cargo.

Considerando el análisis que aparece en el libro *Introducción al "Politing"* en relación a las diferentes etapas que debe superar el lanzamiento de un candidato para alcanzar el éxito, se puede afirmar que la principal ventaja de Hillary Clinton fue precisamente el haber sido Primera Dama durante los dos mandatos de su marido. Massó y Nebot explican que "no se puede pasar a la etapa del convencimiento, hasta que no esté sólidamente establecido [el candidato] en la etapa de comprensión o de la definición política."⁴² En este sentido, resulta conveniente destacar que la ex Primera Dama contaba con un altísimo grado de notoriedad no sólo en New York sino en todo Estados Unidos. Además, existía en la opinión pública un sentimiento generalizado según el cual se consideraba a Hillary Clinton un personaje profundamente conocido tanto en la esfera de lo público como en la dimensión de lo privado, gracias justamente al *escándalo Lewinsky*. En consecuencia, cuando decidió finalmente presentarse para el

⁴² MASSÓ, R., NEBOT, J.E. *Introducción al "Politing"*, Lanzamiento de un aspirante. Interlas, Barcelona, 1976. p. 155

Senado, pudo competir con Giuliani centrándose en convencer a los indecisos, sin necesidad de dedicar demasiados esfuerzos en las dos primeras etapas de notoriedad y comprensión.

La predisposición de la senadora no fue en un primer momento la de presentarse, pero cuando el proceso de destitución se resolvió favorablemente y comenzó a quedar en un segundo plano, la Primera Dama creyó que podría tener alguna posibilidad. El 16 de febrero, sólo cuatro días después de la reunión con Harold Ickes, la oficina de prensa de la Casa Blanca emitió una declaración comunicando que Hillary Clinton estaba considerando muy seriamente la posibilidad de presentarse pero que no tomaría la decisión hasta más adelante. En cierto modo, el hecho de que el mensaje fuese emitido menos de una semana después de que se resolviera el asunto del *impeachment* también está bastante en consonancia con el cambio en su imagen que Hillary Clinton había venido buscando desde que se hizo público el escándalo de Monica Lewinsky. Una vez más se esforzaba la Primera Dama por distanciarse de la situación tan complicada en que se había metido su marido y aprovechaba para reivindicarse frente a los medios como una personalidad pública independiente. El anuncio de su seria consideración sobre la candidatura era en el fondo la culminación de ese papel de diferenciación en el que ella eligió luchar, puesto que finalmente no sólo lograba una presencia pública desvinculada del poder de su marido sino que además anunciaba la posibilidad de convertirse próximamente en una personalidad política con mayúsculas.

Conforme se acercaba la primavera parecía más probable que Hillary Clinton se presentaría para la candidatura y en la Casa Blanca tuvieron que comenzar a trabajar sobre las situaciones hipotéticas que se darían si ella finalmente tomase la decisión. El equipo de la Administración Clinton quería asegurarse en primer lugar de que la Primera Dama no descuidaría los asuntos de política interna que estaban en su agenda y además les preocupaba cómo se iba a compatibilizar una candidatura de esas características con los habituales compromisos de representación en el exterior que la candidata tenía que asumir como esposa del Presidente. Además estaba precisamente otro problema: el del Presidente.

Monica Lewinsky iba a emprender un viaje por Europa para promocionar el libro con sus memorias, *Monica's Story*, los beneficios del cual había previsto emplear en pagar los enormes gastos legales que le supuso el proceso contra Bill Clinton. Antes de emprender su viaje promocional, en marzo de 1999, la ex-becaria de la Casa Blanca acudió como invitada a un programa de la cadena ABC. Barbara Walters fue la

encargada de entrevistarla en el programa *20/20* y se estima que la audiencia fue de unos 70 millones de estadounidenses. La aparición pública de Monica Lewinsky para hablar sobre el escándalo generó grandes beneficios para el canal, especialmente gracias a las altas sumas que pagaron determinados anunciantes por asociar con cierta ironía su marca a la gran exclusiva, que superaría records de audiencia. Anunciantes como *Victoria's Secret* y *Oral-B Deluxe* no perdieron la oportunidad de obtener tal nivel de visibilidad.

Lo cierto es que aunque el Presidente ya había sido declarado inocente, en la acusación de infidelidad siempre seguiría siendo culpable. Mientras Bill Clinton fuese Presidente el escándalo le perseguiría para terminar pasando a la historia de Estados Unidos, asociado irremediamente a su persona para la posteridad. Y precisamente ahí radicaba la mayor preocupación de la Primera Dama al considerar presentarse para senadora por New York. La sombra del escándalo la iba a perseguir, alimentada por los medios sensacionalistas, durante toda la campaña electoral. Además, ya comenzaban las previsibles especulaciones sobre si Hillary Clinton se había mantenido al lado de su marido únicamente para mantener una presencia política que le permitiría precisamente presentarse a un cargo público. Pero también al margen del escándalo estaba servida la posibilidad de seguir creando polémica entorno a su persona y a su matrimonio. Tenía que encontrar ese espacio en el que expresarse con una voz política independiente y para ello debía evitar caer en la sombra de su marido, pero eso presentaba algunas dificultades estratégicas que debía tener previsto cómo resolver antes de anunciar su candidatura oficialmente. Las cuestiones eran tan concretas y a la vez decisivas cómo la necesidad de definir qué papel jugaría el Presidente durante el anuncio de su candidatura, o el dilema que planteaba cuál debía ser el apoyo de Bill Clinton en la campaña de la Primera Dama y sobre todo cómo debía manifestarse públicamente ese apoyo.

Al mismo tiempo que todos esos dilemas aparecían en el camino de Hillary Clinton, parecía también que su matrimonio empezaba a reconstruirse finalmente. Las referencias al *escándalo Lewinsky* seguían apareciendo en los medios y uno de los grandes temores de la Primera Dama era el de no tener en New York el voto de muchas mujeres que no compartieron su decisión de no separarse. Pero el proceso de decisión tan determinante en el que estaba inmersa la mujer de Bill Clinton en cierto modo acercó al matrimonio, puesto que ella era lo suficientemente inteligente como para no desaprovechar la oportunidad de recibir consejos basados en la experiencia política del Presidente. Aparecieron nuevos temas de conversación en la relación y los

medios tuvieron que acatar la decisión de Hillary Clinton para centrarse sólo en levantar la polémica en relación a las dos personas que libremente se involucraron en la relación extramatrimonial. Realmente, la Primera Dama no compartía la responsabilidad sobre lo sucedido con su marido y su estrategia de comunicación se centró en dejar ese mensaje bien claro.

La imagen de Hillary Clinton se había trabajado mucho desde su llegada a la escena pública y después del *escándalo Lewinsky* su mensaje se radicalizó lo suficiente como para consolidarse. La Primera Dama se había presentado frente a la opinión pública como una mujer fuerte, emocionalmente capaz, con una gran capacidad de resistencia a la adversidad y una sorprendente capacidad para el perdón. La mujer del Presidente era, sin duda, una personalidad demasiado carismática como para permanecer en un segundo plano. Finalmente, para regocijo de sus seguidores e inquietud de sus adversarios, Hillary Clinton anunció oficialmente su candidatura para senadora de New York el 7 de julio de 1999.

La rueda de prensa para comunicar la noticia se realizó en el rancho del entonces Senador por New York, Daniel Patrick Moynihan. El acontecimiento había levantado tanta expectación en todo el mundo que más de 200 periodistas de muy diferentes países esperaban ansiosos cuando la Primera Dama llegó. Los medios de comunicación querían respuesta a todo tipo de preguntas y Hillary Clinton tuvo que justificar de la forma más convincente posible porqué decidía presentarse a senadora por New York si siquiera había vivido en ese estado y no lo conocía desde la experiencia personal. A partir de ese día, comenzaba una nueva etapa en la vida de la Primera Dama que pasaba a convertirse, simultáneamente, en una personalidad política independiente dentro y fuera del Partido Demócrata. Las dudas que planteaban los medios sobre su motivación para presentarse en un estado que realmente no conocía tienen ciertamente un punto de planteamiento lógico, pero también es cierto que la personalidad de New York como ciudad tiene mucho que ver con la personalidad de Hillary Clinton como personaje público.

Cuando se vislumbra por primera vez *Times Square* el espectáculo es sobrecogedor y no resulta difícil comprender porqué Estados Unidos, simbolizado alrededor del mundo con su carismática New York, no puede dejar indiferente al resto de la humanidad. La ciudad nunca duerme y no existe el silencio en el seno de su urbanidad. Es una ciudad dura, que se desploma simbólicamente con todo su peso sobre las personas que

sobreviven cada día a la brutalidad del progreso que allí se respira y que obliga al movimiento.

La maratón de New York se ha convertido en una especie de símbolo artificial de este tipo de performance fetichista, en la cual se delira por una victoria vacía y se exalta una proeza sin consecuencias. [...] La maratón es una forma de suicidio demostrativo, de suicidio publicitario: es correr para demostrar que se es capaz de llegar al límite de uno mismo, para probar... ¿probar qué? Que se es capaz de llegar".⁴³

En cierto modo, ese espíritu de supervivencia tan extremo que Baudrillard percibe en la ciudad de los rascacielos por excelencia, es el mismo espíritu de supervivencia instintiva que demostró Hillary Clinton especialmente durante el *escándalo Lewinsky*. New York, con su personalidad fuerte y definida, parecía el lugar ideal para que la Primera Dama empezase su carrera política. Perseguida por el escándalo y condenada por su capacidad para despertar sentimientos pasionales tanto positivos como negativos, New York era el lugar ideal donde la mujer del Presidente podía sumergirse para renacer con un nuevo yo, más propio que cualquier otro yo que ella hubiese expresado con anterioridad.

Por su parte, los medios de comunicación también debían empezar a abordarla como una candidata política con ideas independientes a las de su marido, puesto que pretender encadenarla permanentemente a la sombra de él iba a ser una tarea que Hillary Clinton misma se encargaría de convertir en imposible.

Hasta que la Primera Dama lanzó su campaña para el Senado por New York, la única cuestión política en la que adoptó una postura públicamente opuesta a la de su marido fue en lo referente a la atención que debía recibir la infancia. Pero una vez Hillary Clinton había tomado la decisión de presentarse y la había hecho pública, pudo expresarse libremente en todos aquellos temas sobre los que discrepaba con el Presidente y que antes hubiese resultado políticamente incorrecto criticar. El hecho de que ella alzara su voz para defender sus propias ideas incluso cuando estas podían entrar en conflicto con los intereses de la Administración Clinton, también le ganó en gran medida la credibilidad de los medios de comunicación.

Bill Clinton era consciente de que su mujer tenía una capacidad para la política innata que podía llevarla a desempeñar con éxito un cargo público y además estaba en deuda

⁴³ BAUDRILLARD, op. cit., p. 34-35

con ella. En parte por vocación política y en parte en búsqueda de cierta redención, el Presidente apoyó activamente la campaña de la Primera Dama y animó siempre a todos sus allegados para que también ayudasen en el proceso. De hecho, la persona que gestionó la comunicación de Hillary Clinton durante su campaña para el Senado, que resultó ser todo un éxito, era precisamente Mandy Grunwald, quien ya había colaborado con Bill Clinton durante su presidencia.

Durante su carrera para convertirse en senadora por New York, la candidata ala presidencia aprendió mucho sobre cómo relacionarse con la prensa y las relaciones entre ambas partes mejoraron sutil y progresivamente. El *escándalo Lewinsky* seguía reviviéndose puntualmente en los medios sensacionalistas, pero los tradicionalmente considerados como medios serios, prestaban cada vez menos atención a ese tipo de noticias para centrarse en la evolución política de la Primera Dama. Sin embargo, una de las dificultades que ella supo que tendría que afrontar durante su carrera por el Senado consistía precisamente en intentar explicar sus razones a las mujeres que se habían sentido decepcionadas por la decisión de no abandonar al marido infiel. La futura senadora por New York sabía que intentar dar algún tipo de explicación sobre ese tema en los medios de comunicación sólo serviría para que su mensaje se ahogara en polémica. Por eso, la estrategia de comunicación que utilizaron para recuperar a ese sector de mujeres votantes se materializaba precisamente muy lejos de los medios.

Hillary Clinton solía ponerse en contacto con mujeres de todo el estado que la apoyaban y organizaban pequeñas reuniones en las que la anfitriona invitaba a unas veinte vecinas y amigas para tomar café. Durante esas reuniones, la aspirante al Senado conversaba relajadamente con el grupo de mujeres y contestaba a todas las preguntas personales, especialmente sobre su matrimonio, que solían hacerle. Con esta estrategia no sólo conseguía llegar a las mujeres sin que los medios distorsionaran su mensaje sino que además conseguía comunicarlo a más personas a través de la clásica técnica del boca-oreja. Y el éxito de esta estrategia radicó precisamente en el hecho de que una mujer que toma café con la mujer del Presidente y obtiene respuestas sobre cuestiones personales, siempre tendrá algo que contar a todos sus conocidos.

Hasta que aparecieran las primeras noticias sobre el escándalo de Monica Lewinsky, la Primera Dama siempre había sido una mujer relativamente accesible para los medios de comunicación pero al mismo tiempo poco espontánea y bastante formal. Durante el escándalo se distanció tanto como pudo de los medios, especialmente porque durante

los primeros meses había acudido a ellos para defender una realidad falsa que terminó por humillarla ante los ojos de ciudadanos de todo el mundo. Pero a medida que toda aquella etapa iba quedando atrás y conforme Hillary Clinton se fortalecía más en su campaña, la relación con la prensa terminó por normalizarse.

El punto de inflexión en el que se produjo definitivamente este cambio podría situarse en el día en que la futura senadora por New York acudió como invitada a su primer show cómico, emitido en directo durante el horario nocturno. Este género televisivo está profundamente arraigado en la cultura estadounidense y los invitados que en ellos aparecen suelen gozar de altos niveles de aceptación entre el público. Sin embargo este tipo de programas también son conocidos por lo agudo de sus presentadores, quienes pueden poner a cualquier invitado en una situación difícil en cuestión de segundos. David Letterman, presentador de *The Late Show with David Letterman*, llevaba casi dos meses insistiendo a Hillary Clinton para que asistiera a su programa y ella finalmente accedió. Durante el directo, la candidata logró conectar bien con el presentador y con la audiencia. De hecho, la experiencia fue tan positiva para su imagen que repitió en varias ocasiones como invitada en otros *late shows*.

La barrera con los medios de comunicación cada vez se difuminaba más y la imagen pública que de ella transmitían también evolucionaba positivamente. De hecho, aunque durante la primera mitad de la campaña los medios se centraban en criticar a Hillary Clinton, esa tendencia comenzó a cambiar a mediados de la campaña. A Giuliani se le comenzó a criticar que estaba excesivamente centrado en la ciudad de New York así como que no ofrecía soluciones para la reavivar la economía del norte ni para solucionar las tensiones raciales. El giro que habían dado los medios de comunicación hizo que su campaña comenzara a resentirse y la Primera Dama comenzó a ganar popularidad.

En el mes de mayo, un cambio inesperado sacudió la carrera por el cargo en el Senado. La prensa había encontrado las relaciones extramatrimoniales del alcalde Giuliani y su vida privada comenzó a verse analizada y polemizada como en su momento lo fuera la del matrimonio Clinton. El escándalo jugaba inevitablemente en favor de la candidata demócrata, pero el cambio radical llegó cuando el que había sido un carismático alcalde para New York tuvo que retirarse de la carrera por el Senado porque le habían diagnosticado un cáncer de próstata. Y para la Primera Dama esta situación no resultó ser tan ventajosa.

Hillary Clinton había preparado toda su campaña para que fuera capaz de competir contra Giuliani y de repente habían cambiado el candidato republicano. Ahora tenía que enfrentarse con Rick Lazio y para ello sería necesario cuanto menos revisar su estrategia. El equipo de la Primera Dama no sabía mucho sobre cómo iba a desenvolverse como candidato así que decidieron centrarse en procurar que la lucha se mantuviese dentro de consideraciones puramente políticas. El Partido Republicano, por el contrario, consideró que era necesario llevar a cabo una campaña más agresiva que se centrase en restarle credibilidad a su oponente demócrata. Pero finalmente Hillary Clinton se alzaría con la victoria para demostrar que aquella estrategia de ataque personal había quedado obsoleta cuando se utilizaba en su contra. Y no sólo porque ella misma se había fortalecido sino porque la opinión pública ya creía saber todo lo bueno y lo malo sobre la Primera Dama. Habían llegado a ese estado en el que consideraban que ya no podían escuchar nada nuevo sobre ella y por tanto, tampoco sentían ningún interés por lo que pudieran decir los republicanos con intenciones evidentemente partidistas. Las técnicas agresivas que el nuevo candidato empleaba para con la candidata demócrata llegaron incluso a resultar ofensivas para muchas mujeres, y algunos líderes de opinión expresaron su desacuerdo con la estrategia de Lazio. De hecho, una buena forma de describir las diferencias en las estrategias de comunicación de ambos candidatos consiste precisamente en observar lo radicalmente opuesto de sus mensajes:

Envió una carta para recaudar fondos diciendo que su mensaje se podía resumir en seis palabras: «Estoy presentándome contra Hillary Rodham Clinton.» Su campaña no hablaba sobre la gente de New York, sólo hablaba sobre mí. Así que empecé a decirle al público de todo el estado: «La gente de New York se merece más que eso. ¿Qué tal ocho palabras? Trabajo, educación, salud, Seguridad Social, medio ambiente, posibilidades.»⁴⁴

De hecho, más allá del fallo táctico que el Partido Republicano cometió en la elección del tono de sus mensajes, hubo una situación concreta que contribuyó a orientar a la opinión pública en favor de Hillary Clinton, durante un debate televisado en el que participaron ambos oponentes:

Lazio tried to get aggressive with her at one point. He walked over to her podium, in a move that surprised her. He pulled a piece of paper out of his pocket and asked her to

⁴⁴ RODHAN CLINTON, op. cit., p. 764. Gracias precisamente a que Lazio centró su atención en desacreditar personalmente a la ex Primera Dama, el mensaje demócrata cobró más credibilidad. La opinión pública otorgó más voz a la candidata presidencial porque comunicó un programa electoral con puntos claramente definidos, mientras que los republicanos sólo hablaban sobre porqué la sociedad debería odiar a Hillary Clinton tanto como ellos.

*sign it [...]. Maybe the stunt would have worked had Lazio been debating a man. Since Lazio's rival was a woman, the moment struck far too many people as unacceptably in-her-face. [...] Voters in New York state evidently felt that even the disliked, feminist, and unladylike Hillary deserved more genteel treatment at the hands of a younger man who was trying to play tough.*⁴⁵

Finalmente, se demostró que Hillary Clinton sí tenía una personalidad política lo suficientemente fuerte y positiva como para ganar su propia carrera y mantenerse como senadora por New York hasta la fecha. Parafraseando a Baudrillard, la Primera Dama había probado exactamente eso, que era *capaz de llegar*. No sólo había alcanzado el éxito electoral en su arriesgada aventura por desprenderse de su papel secundario, sino que había aprendido durante todos sus años en la Casa Blanca y especialmente gracias al *escándalo Lewinsky*, cómo convertir a la prensa en un aliado estratégico.

A partir del momento en que Hillary Clinton fue nombrada senadora, su historia en el mundo de la política de Estados Unidos empezaba a escribirse en una nueva etapa. Todo lo que la Primera Dama aprendió desde el día en que se trasladó por primera vez a la Casa Blanca, incluso todo lo que se derivó del bochornoso *asunto Lewinsky*, la fue convirtiendo en una política con un nombre propio. Ganar las elecciones fue una prueba de que no estaba hecha para un papel secundario y su marido realmente le debía tanto, que ella pudo disfrutar de su protagonismo sin sentimiento de culpabilidad.

Y sin duda, sin todas las experiencias que acumuló durante todas esas difíciles etapas en el punto de mira de la opinión pública, Hillary Clinton nunca podría haber llegado a convertirse en la primera mujer candidata para Presidenta de los Estados Unidos.

⁴⁵ PODHORETZ, John. *Can she be stopped?*. Three Rivers Press. Crown Forum, New York, 2007. p. 73. N. de T. Lazio intentó ponerse agresivo con ella en un punto. Caminó hasta su tarima, en un movimiento que la sorprendió. Se sacó un trozo de papel del bolsillo y la instó a firmarlo [...]. Tal vez el truco hubiese funcionado si Lazio hubiese estado debatiendo con un hombre. Como el rival de Lazio era una mujer, el momento impactó a demasiada gente por considerarlo inaceptablemente agresivo. [...] Los votantes en el estado de New York evidentemente sintieron que hasta la desagradable, feminista y poco femenina Hillary se merecía un trato más gentil por parte de un hombre más joven que intentaba jugar duro.

Lo ocurrido durante el debate enseñó a la senadora y a sus adversarios una importante lección. La figura simbólica de la ex Primera Dama tiene fuerza en la prensa, pero en el medio audiovisual por excelencia su condición de mujer se vuelve demasiado obvia como para que la opinión pública, favorable o no, la ignore. En consecuencia, las agresivas técnicas de confrontación tradicionalmente útiles entre los hombres políticos de Estados Unidos, no son válidas cuando entra en escena un personaje femenino, creando así una ventaja añadida para la candidata presidencial.

6. Conclusión

Hillary Clinton ha experimentado en su vida cambios profundamente intensos que han obligado a su personalidad a evolucionar rápidamente. Convertirse en Primera Dama ya es un suceso lo suficientemente impactante como para marcar un punto de no retorno en la evolución personal de cualquier mujer. Durante el primer mandato de su marido intentó mantenerse fiel a la imagen con la que cruzó el umbral de la Casa Blanca, pero el escándalo de Monica Lewinsky forzó en ella un cambio inesperado pero en esencia acertado.

Hasta conocerse la primera noticia de tan bochornoso escándalo, se puede decir que la estrategia de comunicación para definir la imagen de Hillary Clinton frente a la opinión pública fue, sino inexistente, sí muy poco eficiente. Pero la redirección que tomó la política de relación con los medios tan pronto como la Primera Dama descubrió la traición, sí marcaría el principio una nueva etapa.

La clave del éxito estuvo basada en una combinación de diversas estrategias. La futura candidata a la presidencia optó por no caer en un papel victimista que debilitaría su imagen pública. Por el contrario, aprovechó el hecho de haber sido sustituida por su marido en favor de una mujer más joven para reafirmarse en su feminidad y madurez. Dejó de ser sólo madre y esposa para alzarse con su propia voz, algo que le otorgó mucha credibilidad en el rol de defensora que venía reivindicando sin suficiente coherencia estética y visual. Aceptó además perdonar al infiel Presidente, una decisión que despertó gran controversia. Pero más allá de la polémica, se pueden vislumbrar las motivaciones que mantuvieron a Hillary Clinton firme hasta la fecha en aquella decisión.

Cuando estalló el *escándalo*, la imagen pública de la Primera Dama no tenía carisma ni personalidad suficientes como para sostenerse en un protagonismo propio. Sin embargo el escándalo enfrentó públicamente al Presidente y a su esposa, provocando que los medios de comunicación otorgasen a Hillary Clinton no sólo la posibilidad sino también el derecho de manifestarse públicamente de forma independiente. Y lógicamente, ella también supo aprovechar esa oportunidad para comenzar un futuro que la distinguiese definitivamente de su marido: su propia carrera política.

La futura senadora supo relajarse en su relación con los medios de comunicación y se atrevió a acudir a programas en los que hubiera sido impensable verla durante su primer mandato. Este acercamiento a la opinión pública a través de un acertado cambio de

estrategia no sólo ayudó a que muchos norteamericanos comenzaran a *humanizarla* sino que también transmitió a la sociedad una imagen de confianza en sí misma que contribuyó decisivamente a aumentar su credibilidad como figura política independiente.

Lo cierto es que el cambio de imagen tan positivo que experimentó Hillary Clinton tuvo su origen más en una transformación personal y vital que en las ideas prefabricadas de un gabinete de comunicación. Durante el primer mandato, la Primera Dama transmitió la imagen de ser una personalidad creada *para*, mientras que a raíz del escándalo Lewinsky se convirtió en una personalidad creada *por*. Al comenzar su vida pública, la mujer del Presidente se posicionaba frente a los medios en relación a una finalidad de imagen que deseaba construir. Pero cuando su propio marido hizo saltar la privacidad de la familia por los aires, la futura senadora tuvo que acostumbrarse a que su imagen se crease a partir de situaciones fuera de su control y no siempre sirviendo a sus intereses políticos. Y fue precisamente la capacidad para adaptarse que demostró lo que salvó a Hillary Clinton de perecer en el papel secundario.

A su vez, el Presidente necesitaba encontrar la forma de lavar su imagen frente a la opinión pública. Apoyar a su mujer en la lucha por la emancipación ideológica fue la mejor estrategia posible para la carrera política de ambos. El gabinete de comunicación de la presidencia estuvo tan oficialmente engañado como la Primera Dama durante la etapa inicial del *escándalo Lewinsky*. En consecuencia, cuando Bill Clinton se vio obligado a confesar, no existía ninguna estrategia de relación con los medios lo suficientemente premeditada como para llegar a controlar la situación. Y durante el caos mediático que provocó la noticia, Hillary Clinton supo mantenerse prudentemente al margen.

Al analizar toda la evolución personal de la Primera Dama en relación a la descontrolada situación mediática que se creó a su alrededor en más de una ocasión, no se puede sino concluir que la imagen pública de Hillary Clinton se crea con la combinación de elementos propios de su personalidad y gestiones mediáticas orquestadas con dificultad. En realidad, en lo más profundo de la cuestión, la imagen pública de la actual candidata a la presidencia de Estados Unidos evolucionó frente a la opinión pública de su país en estrecha correlación con su proceso de maduración vital. Pero su imagen, en muchas sociedades fuera de la estadounidense, quedó congelada en el tiempo.

Su evolución política y personal durante sus años como senadora sí obtuvo una cobertura frecuente en los medios de Estados Unidos, pero los medios de comunicación internacionales dejaron de cubrir noticias relacionadas con la senadora tan pronto como el *escándalo Lewinsky* dejó de ser noticia. En consecuencia, en los medios de comunicación internacionales se ha producido un fenómeno interesante con respecto a la imagen pública de Hillary Clinton. Durante el periodo en que el *escándalo Lewinsky* y su campaña por el Senado corrían de la mano, la imagen pública de la ex Primera Dama se consolidó en las sociedades no estadounidenses según todos los parámetros concluidos anteriormente. Pero finalmente la novedad de la relación extramatrimonial se evaporó y los medios de comunicación internacionales comenzaron a cubrir con menor frecuencia la evolución de su personalidad política como senadora.

Cuando las noticias sobre la posibilidad de que se presentase como candidata para la presidencia de Estados Unidos comenzaron a cobrar importancia, los medios no estadounidenses volvieron a hablar sobre Hillary Clinton y se creó un fenómeno parecido al de reencontrarse con un conocido tras varios años sin relación. Aunque es una realidad que la persona ha cambiado durante todo el periodo de ausencia, es inevitable que la memoria falta de nuevos recuerdos utilice los antiguos como punto de partida en la valoración del reaparecido. Así, el *escándalo Lewinsky* se sigue presentando en muchas ocasiones como la primera asociación conceptual en relación al apellido Clinton.

Pero la ex Primera Dama finalmente ha encontrado una estrategia infalible para abordar con éxito ese tema frente a la opinión pública estadounidense. La revista femenina *Elle* abre su primer número del año 2008 en Estados Unidos precisamente con un artículo titulado *The H-Bomb* en el que se analiza cómo se han manifestado los cambios clave en la imagen de Hillary Clinton durante su carrera por la presidencia. En referencia al *escándalo Lewinsky*, la periodista Katha Pollitt señala que la senadora logra salir airosa de cualquier intento de humillación en ese terreno utilizando una poderosa combinación de ironía y sentido del humor.

Otro buen ejemplo sobre cómo la candidata ha aprendido a utilizar el sentido del humor para conectar con la opinión pública se encuentra precisamente en su estrategia para llegar a la Casa Blanca. Para anunciar la canción de su campaña por la presidencia, la senadora utilizó un video en el que ella y su marido aparecen parodiando el final de la famosa serie *Los Soprano*. Del *sketch* no sólo llama la atención el tono marcadamente cómico, sino también el papel en el que aparece Bill Clinton. La ex Primera Dama

mantiene sutilmente su imagen formal al aparecer vestida de negro, pero el personaje del ex Presidente tiene un punto de ridículo que no pasa inadvertido. De hecho se puede considerar que el video tiene un doble objetivo. Anuncia la elección de la canción para la campaña, pero también recuerda a la opinión pública estadounidense quién es ahora la protagonista política.

Estados Unidos no ha olvidado la infidelidad del que fuera su Presidente, y aún hoy siguen apareciendo noticias sobre la vida en el presente de Monica Lewinsky. La imagen de Hillary Clinton podría recurrir a todas las estrategias de comunicación sin lograr romper ese vínculo con el que su marido la marcó para el futuro, y precisamente por ser consciente de este hecho puede la candidata a la presidencia servirse del humor irónico como vía de escape. De hecho, tal y como su hasta la fecha exitosa evolución política ha demostrado, la primera mujer candidata no necesita romper esa asociación. Precisamente porque la carismática imagen de Hillary Clinton en la actualidad es la expresión pública de su particular vida.

7. Bibliografía

Fuentes Primarias:

BEDELL SMITH, Sally. *For love of politics*. Random House, New York, 2007.

BRENT BOZELL, L.. *Whitewash*. Crown Forum, New York, 2007.

CLINTON, Bill. *My Life*. Vintage Books, New York, 2005.

KENGOR, Paul. *God and Hillary Clinton*. HarperCollins Publishers, New York, 2007.

KLEIN, Joe. *Bill Clinton*. Una presidencia incomprendida. Tusquets Editores, S.A., Barcelona, 2004.

PODHORETZ, John. *Can she be stopped?*. Three Rivers Press. Crown Forum, New York, 2007.

POLLITT, Katha. *The H-Bomb*. Elle Magazine. US Edition, January, 2008, N. 269.

RODHAM CLINTON, Hillary. *Historia viva, memorias*. Colección Booket. Editorial Planeta S.A., Barcelona, 2004.

SAMMON, Bill. *Meet the next President*. Threshold Editions, New York, 2007.

Fuentes Secundarias:

BARRANCO SAIZ, Francisco Javier. *Marketing Político*. Ediciones Priámide, Madrid, 2003

BAUDRILLARD, Jean. *América*. Crónicas. Editorial Anagrama, S.A., Barcelona, 1997.

JENKINS, Philip. *Breve historia de Estados Unidos*. Colección Historia. Alianza Editorial S.L., Madrid, 2005.

MASSÓ, R., NEBOT, J.E. *Introducción al "Politing"*, Lanzamiento de un aspirante. Interlatas, Barcelona, 1976.

T. PATTERSON, James. *El gigante inquieto*, Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush. memoria. Critica, S. L., Barcelona, 2006.

Páginas Web:

www.drudgereport.com

http://www.libertaddigital.com:83/php3/noticia.php3?fecha_edi_on=2004-02-15&num_edi_on=1338&cpn=1276214837&seccion=MUN_D

www.hillaryclinton.com

<http://clinton.senate.gov>

www.againsthillary.com

www.nohillaryclinton.com

<http://es.youtube.com/watch?v=9BEPcJlz2wE>

ANEXO I



La familia Rodham en Park Ridge



Hillary Rodham durante su discurso de graduación en Wellesley



Bill Clinton y Hillary Rodham durante su etapa de formación en Yale



Hillary Clinton celebrando la victoria de su marido en las elecciones de 1982



El matrimonio Clinton con su hija Chelsea



Controvertida fotografía tomada a los Clinton durante sus vacaciones en las Islas Vírgenes



Bill Clinton posa junto a Monica Lewinsky en la Casa Blanca



Portada de la revista *Vogue* en que apareció Hillary Clinton después del escándalo Lewinsky